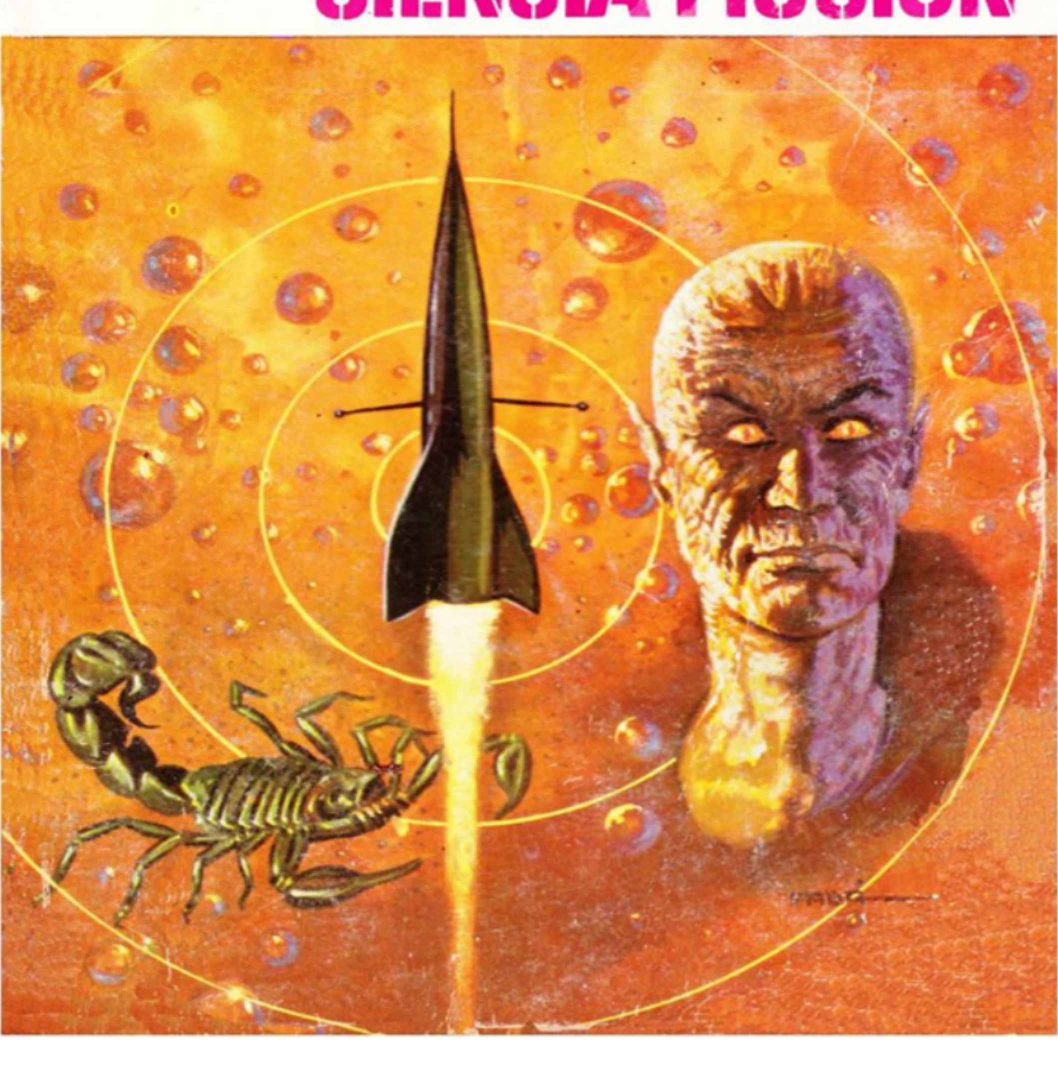
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

UN MINUTO EN LA CUARTA DIMENSION

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



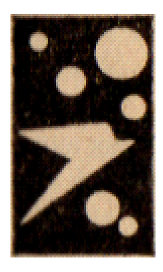

LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

RALPH BARBY

UN MINUTO EN LA CUARTA DIMENSION

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 373
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 29.948 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

2ª edición: octubre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

AÑO 2002
ESTACIÓN ESPACIAL
CABO KENNEDY

El cohete «Saturno XX» se hallaba erguido, preparado en la plataforma de lanzamiento.

El joven comandante Karl Sheridan observó la esfera negra de su reloj de pulsera.

—Veintitrés treinta; sólo una hora para el despegue.

El coronel francés Michel Divalié, que pertenecía al reducido equipo del proyecto «Galaxia 13», agregó:

—Sesenta minutos que serán interminables para mí.

Karl Sheridan, norteamericano, sonrió al que iba a ser su compañero de vuelo espacial, dándole una palmada en el hombro.

—Eso es porque se trata de su primera salida al espacio, pero desde el momento en que el Comité Mundial del Espacio lo ha elegido para este vuelo es que está suficientemente preparado y es el hombre idóneo.

—Sí, supongo que los tres somos idóneos.

— ¿Quiere que le diga una cosa, coronel?

— ¿El qué?

—Aún no conozco personalmente a Nacha Kavanova; sólo la he visto en fotografía y en las pantallas de los informativos. Todos los entrenamientos los ha hecho en Rusia.

—Los rusos hacen las cosas a conciencia, y supongo que las maquetas de entrenamiento son exactas y ella está perfectamente adiestrada para el vuelo —opinó el francés, algo mayor que Sheridan, pese a que éste ostentaba el mando del proyecto.

El coronel Divalié parecía un tipo excelente, un militar, pero más científico que militar. Su acento era muy acusado y de lejos se adivinaba su procedencia.

—A mí particularmente no me importa, pero parece que este viaje es un poco duro para una mujer.

Divalié admitió:

—Sí. En teoría, el viaje será un tanto monótono. Haremos escala técnica en la Luna, donde la nave será revisada minuciosamente, y luego daremos el gran salto al espacio. Rebasaremos la órbita de Marte, planeta que está siendo explorado por otros compañeros nuestros, y proseguiremos viaje hacia Júpiter. Seremos los primeros humanos que se pongan en órbita del planeta gigante.

—Una órbita muy cuidadosa o la poderosísima gravedad del gran Júpiter nos atraerá como un monstruo mitológico. Nos estrellaremos en su superficie.

—Hemos de aproximarnos a Júpiter como jamás se ha hecho con anterioridad. De momento, el hombre no está capacitado para desembarcar en el planeta Júpiter debido a su exceso de gravedad. Seríamos aplastados contra su suelo y no podríamos ni movernos; es posible que nuestras costillas no resistieran y los pulmones, oprimidos, nos provocaran la muerte por asfixia.

—En el futuro, el hombre hallará la forma para posarse sobre Júpiter —sentenció el joven y alto comandante Sheridan. Sus pupilas grises, con destellos metálicos, brillaron soñadoras—. Nosotros traeremos a la Tierra los datos necesarios v las películas que podamos tomar con los potentes teleobjetivos que llevamos a bordo. No cesaremos de enviar imágenes de televisión en relieve y a todo color. En los centros de estudio espacial serán cotejados todos los datos y tendremos una visión exacta de lo que puede esperarnos en Júpiter como ocurrió con Marte, en el que sólo se halló primitiva vida vegetal.

—Hace décadas que se suceden los viajes espaciales. Era un niño de párvulos y ya admiraba a Yuri Gagarin; bueno, también a los americanos.

—No se preocupe, Divalié, no se preocupe. La conquista del espacio no es patrimonio de los rusos o los norteamericanos, es patrimonio de la Humanidad, y se sale al espacio de forma más racional desde que se decidió constituir la agencia mundial, en la que todos los países contribuyen con su parte proporcional, porque cuanto se consiga también será en beneficio de toda la Humanidad.

—Sí, es cierto —admitió el coronel—, y este viaje supera récords.

—Sí, va a superar los récords de permanencia en el espacio y también vamos a utilizar el cohete más grande y poderoso que se ha construido jamás. Viajar hasta Júpiter y regresar no es ninguna tontería. Debemos estar preparados para poder despegar de la fortísima gravitación de dicho planeta. Eso nos obliga a llevar potentes motores a bordo y el suficiente combustible, lo que apenas hacía falta en los primeros viajes lunares.

—Esperemos que no revienten los motores.

—No tema, coronel, he salido varias veces al espacio y aún sigo vivo. Perderemos las dos primeras fases, que serán recuperadas desde tierra, y proseguiremos viaje con el resto del cohete. No seremos una simple cápsula que viajará en el espacio, sino todo un cohete capaz de maniobrar por sí mismo.

Karl Sheridan, con sus explicaciones, calmaba a Divalié, algo más nervioso por ser aquél su primer viaje en el espacio.

Divalié era astrónomo, con las especialidades de radioastronomía e ingeniería «Láser», y se encargaría de efectuar las oportunas mediciones del gigante Júpiter cuando se pusieran en órbita a su alrededor.

Nacha Kavanova era la experta en fotografía y televisión. Ella enviaría las imágenes a la Tierra.

Sheridan había oído que la soviética era la persona más experta en ese tema. Conocía la televisión en color y relieve como nadie; no en vano su padre había sido el inventor de la misma.

Utilizando cátodos de «Láser» en una frecuencia especialísima y radioisótopos había conseguido que el relieve fuera un hecho en las pantallas de televisión. Aquello facultaría a los centros de investigación terrestres para realizar unos estudios precisos sobre los lugares donde fueran recogidas las imágenes, ya que podían calcularse a la perfección las alturas de las montañas de Júpiter y la profundidad de sus simas. Se haría un mapa topográfico en el que podría confiarse totalmente si el trabajo resultaba perfecto.

—Atención, atención, el grupo «Galaxia 13» debe trasladarse de inmediato a su nave. El conteo sigue su curso; faltan cuarenta y cinco minutos diez segundos.

La voz había llegado clara hasta ellos a través de los altavoces.

Los ayudantes terminaron de comprobar que sus trajes espaciales se hallaban en regla y los dos hombres, rodeados de un gran séquito, abandonaron el edificio. Afuera aguardaba la furgoneta que había de trasladarse hasta la nave en que debían ser lanzados al espacio.

El ambiente de expectación no era grande. Quedaba ya atrás la atracción de las masas ante el lanzamiento de un vehículo interplanetario.

No faltaban los correspondientes enviados de Prensa de todas las agencias mundiales. El lanzamiento sería transmitido en televisión a color y tres dimensiones para toda la tierra. El proyecto «Galaxia» no era uno más de rutina; tenía distintivos propios, batiendo nuevos récords del espacio, pero la capacidad del hombre para asombrarse ante los avances técnicos había quedado saturada.

—Todavía no llega la rusa —observó alguien.

El comandante Sheridan y el coronel Divalié aguardaron impacientes dentro de la furgoneta, embutidos en sus pesados y complicados trajes espaciales.

— ¡Ahí viene! —dijo alguien.

De inmediato, todos los periodistas enfocaron sus fumadoras hacia ella. Nacha Kavanova era la tercera mujer del espacio y, por mujer, la que se llevaba toda la atención. Al día siguiente, todas las revistas femeninas del globo se llenarían con reportajes sobre la intrépida astronauta rusa, joven y bella, hija, además, del Premio Nobel de

Física.

Karl Sheridan preguntó, socarrón:

— ¿Qué le parece, Divalié? ¿Es bonita, tiene buena figura?

—Con el traje que lleva no hay modo de averiguarlo, Sheridan, pero, a juzgar por su cara, yo diría que sí es bonita, y si se ha atenido a los estrictos programas de entrenamiento espacial, no creo que le quede un gramo de grasa en todo el cuerpo.

—Lo que quiere decir que bajo ese traje hay una figura esbelta y atractiva, más propia de una miss que de una cosmonauta.

Divalié sonrió.

—Me temo, Sheridan, que no es usted un feminista.

—Cualquier hombre que se considere hombre amará y dará culto a la belleza de la mujer, pero jamás será un feminista en el sentido que se le da a esta palabra.

—Comprendo, pero si no quiere tener bronca a bordo, no le diga lo que piensa a nuestra querida compañera.

Bajo los intensos focos de luz, la mujer subió al furgón.

Con una amplia sonrisa, tendió su mano a los que iban a ser sus compañeros del espacio, a los que directamente no conocía, aunque sí a través de los reportajes y las fichas técnicas que se le habían entregado.

El furgón se puso en marcha hacia el gigantesco cohete que aguardaba, dispuesto a ser propulsado hacia el espacio. Jamás la ciencia y la técnica humanas habían conseguido algo igual. Incluso algunos científicos, recelosos, habían dudado de los resultados de aquel cohete, advirtiendo que la energía a desarrollar por el mismo era tan fabulosa que podía traer complicaciones inesperadas.

Nadie había prestado atención a aquellos comentarios sobre la potencia y energía de los motores que habían de lanzar al espacio a los astronautas en viaje hacia Júpiter, realizando escala técnica en la Luna.

Los tres llevaban los cascos puestos, pero con las mirillas de plástico transparente levantadas. Karl preguntó:

— ¿Nerviosa?

La mujer poseía cabellos rubios v ojos azul claro, grandes y hermosos, que miraron desafiantes y retadores al hombre, al tiempo que sus labios replicaban:

—He sido entrenada para no ponerme nerviosa, comandante Sheridan.

Divalié carraspeó. Nacha Kavanova no era una joven cegada por la ilusión de llegar al espacio y ser señera entre sus compañeras de sexo. No, era una mujer que creía bastarse a sí misma y que no toleraba que se la mirase como a un ser inferior por su condición femenina y con el que hubieran de tenerse diferencias o cuidados.

—Eso espero. El coronel y yo hubiéramos preferido que los ensayos los hiciéramos juntos aquí y en Houston.

—En Rusia poseemos perfectos simuladores de vuelo y astronautas compatriotas míos han suplido sus puestos en una actuación perfecta, olvidándose de que soy una mujer.

—Es posible que «sus compatriotas lo olvidaran, pero yo no. Para mí, un rostro bonito de mujer jamás se parecerá al barbudo de un hombre.

Divalié tornó a carraspear. Para romper la tensión que se iniciaba entre la joven rusa y el norteamericano, dijo:

—Cuando lleguemos a la nave, apenas quedarán unos minutos para el lanzamiento. Deseemos que sea un feliz lanzamiento.

Karl y Nacha comprendieron que para ser su primer encuentro estaban comportándose algo infantilmente y ambos sonrieron.

Karl Sheridan iba a ser el comandante de la expedición y ésta era una labor difícil, formando una mujer parte de la tripulación. El director de vuelo ya le había advertido de las especialísimas circunstancias y de lo que significaba Nacha Kavanova para Rusia. Era una heroína nacional, hija de un Premio Nobel, un gran científico también nacional.

Se creó un silencio entre ellos. Llegaron a la plataforma de la nave y el ascensor les elevó hasta la compuerta que correspondía al módulo de mando, parte del complejo cohete que habría de viajar hasta Júpiter y regresar.

La puerta de la nave se hallaba a cuatrocientos setenta pies de altura y sobre ella quedaban cuarenta y dos pies hasta la cúspide del fabuloso cohete, del que prácticamente se desconocían todas sus posibilidades, aunque teóricamente ya habían sido calculadas y las computadoras lo habían dado como bueno sin error posible.

La estación espacial en órbita «Z-49» tenía preparado el equipo con cápsula de emergencia incluida. Si algo fallaba, podrían rescatar a los tres astronautas acoplándose a la fase que quedara en órbita o haciendo que ésta se dirigiera hacia la Luna. Todo estaba previsto y la fiabilidad de los materiales era alta; en su completo, se había conseguido un 76 por 100.

En el puente del andamiaje, los dos hombres y la mujer saludaron a los puntos de luz que veían bajo ellos. Se daban cuenta de que estaban siendo observados por potentes y poderosos teleobjetivos y que sus imágenes aparecerían perfectas en las pantallas de televisión de todo el mundo. En cambio, ellos no podían distinguir más que a los ayudantes que les escoltaban hasta la entrada de la nave.

Sobre ellos, la noche era clara, diáfana. Millones de estrellas semejaban desafiarles a que llegaran hasta ellas, pero sólo la Luna, como escala técnica, y un punto en el espacio llamado Júpiter era lo

que iban a conquistar, si nada anormal sucedía.

Nacha Kavanova sufrió un ligero estremecimiento, que fue captado por el observador Sheridan. Este, preocupado, inquirió:

— ¿Sucede algo?

Eli a se apresuró a negar. Sabía que el menor síntoma de enfermedad podía frenar todo el proyecto e inmediatamente sería suplida por otro astronauta que ocuparía su puesto.

—No, no es nada físico o biológico; sólo un presentimiento.

—Un presentimiento, ¿de qué clase?

—Nada. Como diría usted, cosas de mujeres.

El sonrió. Luego, dijo:

—Ya que vamos a convivir muchas horas juntos, preferiría que nos tuteáramos. ¿No crees que esto causaría mejor impresión en todo el mundo, ya que nuestras voces van a ser escuchadas lo mismo en Estados Unidos que en Francia o Rusia?

—Sí, dará más sensación de camaradería entre nosotros.

Divalié, que casi estaba pegado a ellos, objetó:

—He estudiado con atención la parapsicología, la telepatía, telebulia, etcétera, y sé que las mujeres, por su gran sensibilidad, tienen una gran predisposición hacia estas ramas de la ciencia, aún embrionarias para el hombre.

— ¿Qué trata de decir, coronel? —preguntó Karl, pegándose hacia la puerta de la nave con evidente intención de desaparecer en su interior.

—Nacha, disculpa que también te tutee, pero como ha dicho Sheridan, vamos a ser camaradas durante horas inolvidables. ¿Tu presentimiento es algo serio?

Ella no pudo sonreír. En voz baja, para que sólo la oyeran ellos y no ningún micrófono indiscreto, aclaró:

—Son tonterías de mujer, pero tengo la impresión de que algo raro va a ocurrir en este vuelo. No puedo discernir el que; sólo es un presentimiento.

Karl y Divalié no dijeron nada al respecto, mas aquello parecía un mal augurio.

La ciencia había adelantado, los conceptos sociales y políticos, también, pero el mismo recelo y desconfianza que suscitara siglos atrás a los navegantes la presencia de una mujer a bordo de un mercante que surcara las largas singladuras, vaticinándose toda clase de desgracias, ocurría ahora con la nave espacial. Sólo faltaría que alguien hubiera escuchado el presentimiento de la joven y hermosa Nacha para que los ríos de tinta se desbordaran en las primeras páginas de todos los periódicos del mundo.

La puerta de la nave se cerró hermética tras ellos. Luego, se cerró la segunda compuerta, que aislaba la cámara de compresión y

regulación atmosférica, y quedaron dentro de la nave propiamente dicha.

La nave, pensada para un largo viaje como era el de seiscientos veintinueve millones de kilómetros hasta Júpiter, era amplia. Estaba provista de alimentos, agua y oxígeno con sobrantes y consistía en dos pisos separados entre sí por una escalera metálica de caracol.

El piso superior era la cabina de mando y trabajo, y la única que poseía ventanas protegidas por planchas metálicas muy resistentes a los impactos de los meteoritos y al calor por la fricción.

A través de las mismas habrían de observar con atención al planeta gigante del sistema solar.

Durante el viaje, el piso inferior sería el hogar de los tres astronautas. Allí tenían sus literas para el descanso, sus aseos, su despensa, una serie de comodidades que los primeros viajeros a la Luna apenas podían soñar en sus pequeñas naves.

Pese a no haber estado ninguno de los tres en aquella nave con anterioridad, aunque sí en maquetas a escala natural, se acomodaron en sus respectivos lugares. Los sillones de trabajo frente a los paneles de control se distendieron para dar una mejor colocación a sus cuerpos y poder resistir el tirón de la fuerza de la gravedad en los minutos del despegue hasta que se pusieran en órbita.

—¿Sujetados los cinturones de seguridad? —inquirió Sheridan, con voz fría, de mando.

—Sí —asintieron al unísono Divalié y Nacha.

—Veintinueve, veintiocho, veintisiete…

Los segundos del conteo atrás iban acercándose al punto cero.

Por encima de la voz metálica del contador oficial, el director de vuelo preguntó: —Sheridan, ¿todo bien?

—Perfecto. Aguardamos el instante del despegue.

Karl desvió su mirada hacia el coronel Divalié; éste sonrió. Luego, su rostro giró hacia la derecha para ver si Nacha estaba preparada también para el momento supremo.

A Karl le pareció que la muchacha estaba inquieta, pero ella, al percatarse de que era observada por el norteamericano, sonrió forzada.

—Ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno…, ¡cero, fuego!

Desde la base de lanzamiento ya partida la torre, fue oprimido el botón rojo.

Los motores tronaron, la tierra tembló en Cabo Kennedy.

La gran nave espacial brincó y los tres astronautas se sintieron aplastados contra las butacas por la enorme fuerza de gravedad que habían de vencer.

Nacha sintió que sus músculos, sus mandíbulas, se desencajaban. El instante del despegue era infernal y semejaba durar una eternidad

cuando sólo se trataba de segundos.

Los enormes y poderosos motores quemaron el combustible en una cegadora ignición. Cualquier cosa que se hubiera puesto bajo la nave se habría fundido inmediatamente y las paredes del cohete parecieron querer estallar.

Karl resistía cuanto podía la difícil crisis del lanzamiento.

Junto a él, Nacha había perdido el sentido.

De pronto, las presiones sobre sus cuerpos cesaron y los motores de la nave se detuvieron.

Karl, ya libre de la violenta aceleración, viendo que todo en Ta nave parecía haberse detenido, puso su sillón con el respaldo Vertical para alcanzar los paneles electrónicos de mando y comunicación.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Divalié, incorporándose también.

—No lo sé todavía; parece haberse detenido todo. —Consultó su reloj—. Sólo hace veintisiete segundos que se ha efectuado el lanzamiento. Por lo visto, la nave no ha podido despegar.

— ¿No estaremos entrando en órbita? —preguntó el coronel francés.

—No, imposible.

Nacha pareció recuperarse también.

— ¿Estamos ya en órbita? Karl negó.

—Me parece que el lanzamiento ha fracasado. La nave no ha despegado.

— ¿Cómo? —inquirió Nacha, sorprendida, incorporándose en su sillón.

—Divalié, compruebe el combustible que tenernos. Yo llamaré a la base para que nos aclaren lo ocurrido. Por la posición en que nos hallamos, el cohete no ha perdido su verticalidad.

—Hemos consumido el cincuenta por ciento del combustible, Sheridan.

— ¿El cincuenta por ciento y los motores se han detenido? No entiendo... Atención base Cabo Kennedy, atención base Cabo Kennedy, al habla «Galaxia 13», atención Cabo Kennedy...

El trío permaneció expectante. El más absoluto silencio fue la respuesta a la angustiada llamada.

— ¿Qué puede haber ocurrido; se habrá estropeado el sistema de comunicaciones?

—No lo comprendo —admitió Karl—. La energía parece estar bien, pero no hay respuesta a nuestra llamada y la nave sigue quieta. Ya deberían tratar de comunicarse con nosotros y poner en práctica el sistema de emergencia y salvamento, aunque, a juzgar por lo quieto que está todo, no parecemos correr ningún peligro.

—Pero, ¿qué ha podido pasar para que el lanzamiento sea un fracaso?

A la pregunta de Nacha, Karl respondió:

—Lo ignoro totalmente. Es una situación no prevista, ya que al fallar el lanzamiento podía haber ocurrido que se quedara quieto y funcionara bien todo el sistema de comunicación o que el cohete se hubiera decantado, cayendo al suelo y produciéndose la natural catástrofe.

—Sin embargo, nada de eso ha ocurrido —observó el coronel Divalié, abandonando su butaca y poniéndose en pie—. Estamos quietos, la mitad del combustible ha sido consumido y desconocemos lo que ocurre porque no obtenemos respuesta a nuestras llamadas.

—No es lo previsto, pero hay un sistema para aclarar esta situación.

— ¿Cuál? —inquirió Nacha, también perpleja.

—Abriremos los protectores metálicos de las ventanas y veremos lo que sucede afuera y la forma de ponernos en contacto con la base, ya que no podemos abandonar la nave hasta que nos sea dada la orden de hacerlo.

—Me parece una excelente idea, Sheridan —aprobó Divalié—. Ellos nos verán a través de las ventanas, y si no funciona el sistema de comunicación, intentarán comunicarse con nosotros de alguna forma.

Tensos, expectantes, los tres miraron hacia las ventanas, cuando Karl Sheridan oprimió el botón que hizo que las compuertas metálicas protectoras se corrieran hacia los lados para dejar al descubierto los gruesos cristales a través de los cuales verían el exterior.

La sorpresa los dejó atónitos. Un sol cegador lucía en lo alto.

—Dios mío, si son algo más de las doce y media de la noche. No es posible que haya sol —exclamó Nacha El coronel Divalié observó:

—Miren, estamos en mitad de un páramo, rocoso, arenisco. No hay absolutamente nada en derredor, ninguna edificación. Esto no es Cabo Kennedy. ¿Cómo hemos podido elevamos y tomar tierra en otra parte en el escaso margen de tiempo, de segundos, de que hemos dispuesto?

Karl Sheridan, pensativo y ceñudo, sentenció: —Ignoro todavía lo que ha ocurrido, pero me temo que nos hallamos inmersos en algo extraordinario y por ahora totalmente incomprensible. Es un enigma que tendremos que descifrar por nosotros mismos.

—Es como si de pronto hubiéramos caído en otro mundo, un mundo que ignoramos lo que nos puede deparar.

Sumidos en el enigma, rodeados de piedras, arena y soledad, bajo el intenso sol que semejaba abrasarlo todo, los tres astronautas se acercaron instintivamente los unos a los otros como deseando formar un grupo que se protegiera a sí mismo contra el monstruo más feroz y terrorífico que jamás había conocido el ser humano, un monstruo llamado LO DESCONOCIDO.

CAPITULO II

El coronel Divalié, con voz impersonal, desconociendo el mismo si lo que estaba diciendo era bueno o malo dio lectura a los datos que suministraba la computadora de a bordo.

—Densidad del planeta, cinco coma cincuenta y dos; distancia al sol, ciento cuarenta y nueve millones y medio de kilómetros, y la composición del aire es la correcta. No cabe duda de que estamos todavía en la Tierra.

Nacha Kavanova se quedó mirando al comandante de la expedición como si pretendiera que él le diera una inmediata solución al problema en que se hallaban.

—Es lo lógico. En treinta segundos no podíamos habernos movido del planeta Tierra.

—Sí, pero ¿qué explicación da al sol que luce cuando estamos a media noche?

A la pregunta del francés, Sheridan replicó también, lógico y aplastante:

—En la Tierra, mientras en un lugar es de día, en otro es de noche.

Nacha parpadeó antes de preguntar:

— ¿Hemos despegado para tomar tierra en las antípodas? Es incomprensible; no teníamos tiempo material de realizar ese vuelo.

El coronel Divalié, mientras observaba las rocas y la arena que divisaban a través de las ventanas de la nave, se rascó la nuca y comentó:

—Sí, yo también opino lo mismo: es corto el tiempo.

Tenemos un enigma frente a nosotros y hay que resolverlo.

— ¿Cómo?

A la pregunta de la mujer, Sheridan respondió:

—Ya que los sistemas de comunicación y las emisiones de radio no funcionan ni captamos imagen de televisión alguna a excepción de los propios circuitos cerrados de la nave, habrá que salir a investigar por nuestra cuenta. Ponernos en contacto con la primera autoridad que encontremos y que ésta, por cualquier medio, avise de lo ocurrido al Comité Mundial del Espacio, especialmente a los Gobiernos de Rusia, Francia y Estados Unidos, países a los que pertenecemos.

—Me parece correcto —aceptó el coronel Divalié.

—Ya que estamos en nuestra querida, vieja y conocida Tierra, los trajes del cosmos no nos van a hacer falta —dijo Nacha.

—Sí, liberémonos de ellos. Puedes bajar a cambiarte y luego lo haremos Divalié y yo.

La mujer aceptó la preferencia y descendió al piso inferior para

despojarse del traje espacial y quedar más ligera.

—Me parece que estamos en problemas —dijo, en voz baja, el coronel Divalié.

— ¿Cree que ella, con su presentimiento antes de entrar en la nave, proveyó esto?

El francés suspiró.

—Quizá sí. Los misterios de la mente son más grandes de lo que suponemos. Aún no sé si en vez de estar aquí hablando no nos hallamos sentados en nuestras butacas, viviendo simplemente una pesadilla.

Sheridan despidió su puño con fuerza media y el coronel Divalié, encajándolo en la boca del estómago, se dobló sobre sí con gesto de dolor.

— ¿Es una pesadilla o duele de verdad?

El francés encajó el golpe filosóficamente.

—Admito que no es una pesadilla, pero le ruego que utilice otra clase de comprobaciones.

—Disculpe, no quería hacerle daño. Se trataba de averiguar si vivimos una pesadilla o una realidad, porque yo tampoco comprendo esta situación e ignoro dónde estamos. Sólo sabemos que estamos en la Tierra, nada más.

—Haremos más cálculos detallados para establecer unas coordenadas y saber realmente en qué lugar de la Tierra nos encontramos.

—Esos cálculos puede hacerlos mientras yo averiguo algo en el exterior.

—Tendrá que llevarse provisiones y agua; no se ve vida en derredor. Podemos estar en mitad de un desierto del que desconocemos su verdadera área.

—Sí —tomó unos poderosos prismáticos y observó en derredor, desde las ventanas de la atalaya que constituía el cohete espacial debido a su enorme altura.

— ¿Descubre algo?

—Nada, ni rastro de vida, ni un poste de conducción eléctrica, telefónica o telegráfica. Parece que estemos lejos de la civilización.

—Me llevaré una radio portátil y me mantendré en comunicación por si ocurriera algo o simplemente para decir que he establecido contacto con el mundo civilizado.

— ¿No sería mejor esperar a recibir de la computadora los datos de nuestra situación exacta? De esta forma podría caminar en una dirección determinada sin problemas de perderse en este desierto.

—Tiene razón, Divalié. Empiece los cálculos de las coordenadas.

Nacha Kavanova apareció en la cabina de mando vestida con una corta casaca de tela sintética muy fina y de color plateado y

pantalones dorados, muy ajustados a sus piernas, como si se tratara de una segunda piel. El cabello caía largo y suelto sobre su espalda bien formada.

Sheridan no pudo por menos que exclamar:

—Eres francamente hermosa, Nacha, y te sienta mejor este atuendo que el traje espacial.

—No creo que éste sea el momento más idóneo para piropos, sino para resolver los problemas en que nos hallamos inmersos.

El coronel Divalié carraspeó.

—Creo que Nacha tiene razón, Sheridan. Cámbiese usted y mientras efectuaré los cálculos de las coordenadas.

—Bien, supongo que ésta es una situación insólita e inesperada y como tal debemos actuar. Olvidaremos los pequeños convencionalismos y veremos qué conseguimos entre nosotros.

Karl Sheridan bajó a cambiarse Se liberó del pesado traje espacial, capaz para preservarles del frío más intenso o del más ardiente calor.

Con un nuevo atuendo gris claro que podía reflejar la luz solar para que ésta le produjera menos calor en el cuerpo, subió al piso superior, encontrándose con los rostros graves y largos de Nacha y el coronel Divalié. Este último sentenció:

—La computadora debe haberse vuelto loca.

— ¿Por qué?

Nacha repuso:

—Según los datos computados, nos hallamos en mitad del océano Pacífico. Bajo nuestros pies deberían haber miles de metros de agua salada: en cambio, hay rocas, arena, una tierra sólida y firme.

— ¿Qué posibilidad hay de que la computadora tenga error? —inquirió Sheridan al francés.

—Teóricamente, no hay ninguna, pero algo debe haber ocurrido porque el panorama que nos rodea es lo menos parecido al océano Pacífico que yo conozco.

Esta vez, quien suspiró fue Karl.

—Tenemos que barajar entre dos posibilidades, ambas absurdas en apariencia.

— ¿Cuáles? —

Sheridan respondió a Nacha Kavanova y también al atento y desconcertado francés:

—Que la computadora se haya estropeado en el momento del lanzamiento o que la Tierra haya sufrido un cataclismo en los breves segundos que hemos estado atenazados por la fuerzas de la aceleración en el momento del despegue.

—Ambas hipótesis son descabelladas, ¿no cree? —dijo Divalié.

— ¿Se les ocurre alguna otra que explique nuestra situación?

Con gesto dubitativo, Nacha expuso:

—Podemos hallarnos presa de una locura colectiva y nuestro enajenamiento no nos permite ver la realidad.

—Si las comunicaciones no funcionan y las computadoras se han vuelto locas, no queda más remedio que investigar a pie, buscar un lugar habitado para ponernos en contacto con el resto del mundo. Mientras, usted, Divalié, busque el sextante y, como los antiguos marinos, establezca las coordenadas con ese sistema primitivo. Quizá resulte más efectivo que las complicadas computadoras que llevamos a bordo. Haré los preparativos para marchar.

—Yo te acompañaré —dijo Nacha, decidida.

—No hace falta. Con uno que se arriesgue es suficiente.

—Como has dicho antes, ésta es una situación de emergencia y hay que plantear soluciones de emergencia.

—No es una solución de emergencia desacatar las órdenes del comandante de la expedición. Nacha sonrió suficiente.

—Serías el comandante de la expedición si estuviéramos en vuelo aunque sólo fueran unos pies, pero puesto que el «Galaxia 13» sigue en la Tierra, es como si el proyecto no hubiera comenzado y por tanto no hay mando.

El coronel Divalié puso cara de circunstancias y observó:

—Mirado así, Nacha, no está desprovista de razón.

Antes de que la situación se pusiera más tensa, la joven añadió:

—Además de inglés, francés, español y ruso, conozco varios idiomas asiáticos, y en estos momentos ignoramos con qué clase de grupo étnico vamos a encontrarnos. Si no nos entendemos con ellos, será un nuevo problema para nosotros.

—Sí, ya leí en tu ficha que estabas hecha una políglota. Con lo que habláis las mujeres, sólo os falta conocer varias lenguas.

—Es una observación fuera de tono, Sheridan.

—Llámame Karl; gastarás menos saliva, y ahora vas a necesitarla para hablar en chino, indonesio o Dios sabe qué idioma. Divalié inquirió:

— ¿Van a marcharse los dos, entonces? Sheridan admitió, resignado:

—Sí. No voy a dar oportunidad a Nacha de que organice un motín a bordo. Luego, la Prensa mundial hablaría de la presión imperialista y de la revolución de los oprimidos; pero va a tener que llevar sus provisiones.

—Sí, también llevaré mi agua.

—No será necesario; ya llevaré la cantimplora por los dos. Usted, Divalié, ¿ha encontrado su sextante?

—Ahora mismo me preparo para hacer las mediciones, pero me temo que no vamos a sacar muchas cosas en claro.

—No será preciso emplear la cámara de presión y nivelación de

atmósfera, ya que nos hallamos en la misma Tierra.

Abrieron la puerta de la nave, que quedaba en línea recta a cuatrocientos setenta pies del suelo, una altura suficiente para dar vértigo y pensar que una caída en aquellas circunstancias era para convertirle a uno en salpicaduras humanas.

—Qué calor —exclamó Nacha.

—No creo que haya una temperatura más elevada en el desierto del Sahara.

Sheridan pulsó un botón y el brazo de la grúa para emergencias salió de la nave con su plataforma dispuesta y un cable sujetando el centro de la misma.

—Podemos bajar los dos a un tiempo. Agárrate al cable —indicó el hombre.

—Esperemos que el cable no falle como el cohete.

— ¿Una ironía a la técnica norteamericana? —preguntó Karl, sarcástico.

—No, sólo una observación a la realidad.

El motor se puso en marcha y el cable comenzó a hacer descender la plataforma o elevador funcional, que bajó a tierra a la pareja de tripulantes del «Galaxia 13».

El descenso se realizó sin dificultades, pese a la gran altura, debido a que el aire estaba en calma y no podía decirse que la brisa molestara.

Al llegar a tierra, Karl conectó el pequeño emisor que guardaba en el bolsillo de su casaca.

—Divalié, ¿me escucha?

—Al habla Divalié, Sheridan.

—Estamos en tierra sin novedad. Regrese la plataforma a la nave y cierre la portezuela. No la abra bajo ningún motivo hasta nuestro regreso. Usted es nuestra retaguardia, nuestra salvación ante lo desconocido.

—Comprendo, Sheridan. No abandonaré la nave bajo ningún motivo hasta que regresen. Después de todo, tengo alimentos, agua y una buena litera para subsistir meses enteros. No es problema para mí.

De inmediato, la plataforma comenzó a elevarse tras ser conectado el motor, ahora por Divalié.

—Prosiga sus mediciones y trate de averiguar las posibles averías, en especial de la computadora.

—De acuerdo, Sheridan. Cuando tenga datos trataré de comunicarme con usted. No pierdan el emisor-receptor, es nuestro único medio de comunicación entre nosotros, ya que nadie más responde a nuestras llamadas.

Nacha se inclinó con evidente intención de coger algo del suelo.

Karl advirtió:

—Si mis apreciaciones no son equivocadas, esta tierra está muy caliente por el sol directo que recibe. Si deseas tomar algo, hazlo en el lado donde el cohete produce su sombra.

Casi había tocado ya una de aquellas piedras y, notó el calor que la misma despedía. Aceptando la observación de Sheridan, la joven fue en busca de la sombra producida por la gigantesca nave.

—Aquí hay algo que observar.

— ¿Te refieres a que esta área no ha sufrido los efectos de la combustión de los motores del «Galaxia 13» por despegue ni aterrizaje?

—Eso es. ¿Te habías dado cuenta ya?

—Nada más tocar el suelo he visto que nuestros motores no habían producido ninguna clase de alteración física o química, lógica en un despegue o aterrizaje teniendo en cuenta la fabulosa potencia de los motores de nuestro cohete propulsor.

— ¿Qué explicación le das a esto? No se habrá colocado aquí el cohete por arte de brujería, ¿verdad? Un peso como el del «Galaxia 13» precisa de una fuerza fabulosa que sólo los motores del «Saturno XX» son capaces de desarrollar.

—No puedo dar ninguna explicación a este nuevo fenómeno, Nacha. Todo es incomprensible. Estamos en un lugar desconocido, era de noche y es de día. Despegamos de Cabo Kennedy, y sin embargo, estamos en tierra, en un desierto perdido. Nadie responde a nuestras llamadas cuando sería lógico obtener respuesta a través de alguno de los múltiples satélites de comunicación que se hallaban en órbita. Todo es absurdo, disparatado, pero en alguna parte hemos de hallar la clave de la lógica para aclarar nuestro problema.

—Ojalá sea así o pronto comenzaré a dudar de mi razón.

—Pues empecemos a caminar, aunque todavía estás a tiempo de regresar a la nave. No sabemos lo que podemos encontrar delante de este mundo extraño que nos rodea.

—Aunque fuera la mismísima muerte, seguiría adelante. He sido preparada para una gran misión, no para ser mimada como una chica del mil ochocientos.

—O. K., adelante. ¿Qué te parece si escogemos el camino del Norte?

—Da lo mismo, puesto que ignoramos dónde nos hallamos o dónde podemos encontrar una población civilizada.

Iniciaron los primeros pasos para alejarse de la nave, en la que quedaba uno de sus tripulantes como celador.

—Cuando el coronel obtenga mejores datos con sus mediciones manuales y ópticas, ya que no podemos fiarnos de las computadoras, podremos variar el rumbo en busca de lo que nos indique Divalié.

Nacha asintió con un movimiento de cabeza.

Ambos se habían cargado a la espalda unas ligeras mochilas espaciales que se adaptaban perfectamente a su cuerpo, pues habían sido pensadas para posibles emergencias en la alunización en el satélite de la Tierra en su escala técnica, ya que podía ocurrir que el cohete se posara algo distante del lugar previsto de antemano.

La nave, con su impresionante altura y esbeltez, quedaba atrás, haciéndose más pequeña a cada paso que se alejaban.

—Hasta donde abarca nuestra vista, todo el terreno sigue igual. Piedras, arena, grupos rocosos...

—Sí, pero en algún sitio debe terminar esto. Seguiremos en línea recta. El mayor error por nuestra parte es que comenzáramos a dar vueltas en círculo.

—Si a la noche no hemos hallado nada nuevo, podemos regresar a la nave para descansar.

—Me parece una buena idea, Nacha, pero primero subamos a aquel otero rocoso. Desde lo alto puede ser que divisemos algo, ya que llevamos poderosos prismáticos.

—No he pensado en traer conmigo una de las cámaras televisivas. Cuando regresemos a la nave tomaré una e iré captando lo que hallemos en nuestro camino. No serán precisamente imágenes de Júpiter, pero serán de un lugar ignoto para todos nosotros.

Comenzaron a trepar por las peñas que les servirían de atalaya para escrutar el horizonte. Aquel montículo tendría unos setecientos pies de altura desde su cúspide a la rasante normal del páramo.

—De no ser esta tierra gris blancuzca, me recordaría mucho a Colorado —opinó Karl.

—Quizá estemos en Colorado sin saberlo.

Habían ascendido ya dos tercios del grupo rocoso, siempre cuidadosamente, pues había muchas peñas mal asentadas, vacilantes, desgajadas de las paredes que les dieran origen.

El desprendimiento de rocas podía sobrevenir en cualquier instante, pero Karl, que se había percatado de ello, trató de no alarmar a la chica.

De pronto, bajo ellos, escucharon un extraño sonido, un sonido jamás percibido anteriormente.

Al volver la cabeza, Nacha quedó estupefacta. Un grito se ahogó en su garganta.

— ¡Karl!

La mano femenina se agarró a la del hombre. La angustia pasó por entre sus dedos, las uñas casi se clavaron en la piel de Sheridan.

Cuando Karl miró hacia abajo, descubrió el motivo del terror de Nacha.

El monstruo negruzco, brillante en algunas partes de su

repugnante cuerpo, les miraba amenazador, colocando sus pinzas por delante. Aquella bestia pesaría sus quinientos kilos de peso y la gran cola, arqueada y alzada, mostraba un largo y mortífero aguijón.

—Es un escorpión gigante. Jamás había supuesto que existiera nada igual, y para nuestra desgracia, se ha fijado en nosotros como presas.

Asustada, tratando de trepar más entre las rocas, Nacha inquirió:

— ¿Qué pasará ahora?

—Que ese monstruo intentará aguijonearnos primero y deglutirnos después, a menos que lo rechacemos, pero carecemos de armas. Somos una misión científica, de paz, y no tenemos arma alguna con que defendernos.

El escorpión se había detenido en la subida, y mientras los miraba, movía sus mandíbulas, accionaba sus pinzas y erguía su cola con el aguijón, signo evidente de que estaba presto a atacar.

En aquel momento sonó una llamada de la radio.

Karl empujó a Nacha hacia lo alto para escapar al monstruo, pues el hombre estaba seguro de que cuando comenzaran a avanzar, la bestia les daría rápido alcance, ya que podía caminar y trepar mucho mejor que ellos gracias a los cuatro pares de patas que poseía por pertenecer a la familia de los arácnidos.

— ¡Sheridan!

—Hable, Divalié.

—El sextante da el mismo resultado. Parece absurdo, pero estamos en mitad del océano Pacífico, aunque el agua no se vea por parte alguna.

CAPITULO III

—Divalié, tenemos aquí un asunto más peliagudo para resolver.

— ¿Están en problemas? —preguntó, inquieto, el coronel.

—Si dentro de poco no hemos vuelto a comunicarnos, decida usted mismo la situación. Nacha y yo nos hallamos bajo la atenta mirada de un escorpión gigante, y me temo que su evidente intención es deglutirnos.

Karl cortó la emisión y dejó que Nacha trepara un poco más entre las rocas. Al ver que el hombre se rezagaba, ella sintió miedo.

— ¡Karl, sube rápido!

—Correr no resolverá nada —repuso—. Ese monstruo puede correr mucho más y mejor que nosotros. Hay que hacerle frente.

—Carecemos de armas.

—Regresaremos a la edad de piedra si es preciso, pero hay que hacerle frente. Tú continúa subiendo, yo lo detendré si hay suerte.

El escorpión avanzó rápido unas yardas.

Karl se parapetó tras una gran roca, más grande que él mismo, y comenzó a empujarla con todas sus fuerzas. Si el escorpión le atrapaba, no habría modo de escapar a una horripilante muerte.

La piedra comenzó a ceder.

Al fin, con su peso de varias toneladas, inestable totalmente, se desprendió, precipitándose por la pendiente con gran estruendo y levantando una enorme polvareda.

El escorpión fue alcanzado de lleno en la cabeza, y mientras ésta era aplastada por la roca, su aguijón se partió contra la piedra en un desesperado e instintivo propósito de clavarse en ella.

El cuerpo destrozado de la alimaña fue arrastrado en gran parte hacia el fondo de la pendiente.

— ¡Karl! —llamó Nacha, pegada a una de las paredes rocosas.

—No temas, el escorpión ha sido eliminado.

Sheridan trepó hasta situarse junto a la mujer, que se sentó suspirando y con la frente perlada de sudor.

—Qué susto he pasado, Karl. Creí que ese monstruo iba a devorarnos.

—Sí, yo también, pero el peligro ha sido salvado; lo malo es que...

Ante la interrupción del hombre, ella apremió:

— ¿Qué?

—Que si hay un escorpión de ese tamaño, bien pueden haber Otros tipos de arácnidos gigantes, insectos o reptiles. Parece que no hemos caído en la Tierra, sino en un mundo distinto, hostil y desconocido para los humanos. En adelante deberemos tomar toda

clase de precauciones para no perecer.

—Con franqueza, no esperaba nada semejante, y en lo que sé de zoología, no entra un escorpión de ese tamaño.

—En mis conocimientos, tampoco. —Sacó el pequeño emisor—. Llamaré a Divalié para tranquilizarlo. —Pulsó el botón de llamada y habló—: Divalié, ¿me escucha?

—Sheridan, ¿cuál es su situación?

—Se trataba de un escorpión gigante.

—Jamás había oído hablar de ellos.

—Nosotros tampoco, claro que vamos de absurdo en absurdo. Según me ha comunicado hace pocos instantes, nos hallamos en el océano Pacífico, lo que quiere decir que la computadora no se ha equivocado.

—Exacto, Sheridan, pero el agua no se ve por parte alguna.

Nacha objetó junto a Sheridan:

— ¿No estaremos en una isla del océano, una isla no descubierta todavía por hombre alguno?

—No lo creo, Nacha. En el año dos mil dos hay muchas islas deshabitadas por lo inhóspito, pero por descubrir no existe ninguna gracias a los centenares de miles de fotografías tomadas por los satélites meteorológicos.

— ¿Entonces?

—Sólo puedo responder con hipótesis, y como tú has dicho en más de una ocasión refiriéndote a tu preparación básica como astronauta, yo también he sido adiestrado para enfrentarme a los hechos y no a las conjeturas. Sigamos hasta lo alto. Divalié, siga buscando datos que nos orienten. Ponga a las computadoras al máximo de rendimiento.

—Correcto, Sheridan, pero si se hallan en alguna nueva ocasión de peligro no dejen de comunicármelo, aunque poco pueda hacer por ustedes, ya que carecemos de armas.

—Tendré que fabricarme alguna sobre la marcha por si surge algún nuevo monstruo a nuestro paso. Usted no abandone la nave por ningún motivo. El ambiente que nos rodea es hostil.

Prosiguieron la escalada al grupo rocoso, y salvo que Nacha estuvo a punto de despeñarse en una ocasión, no tuvieron más contratiempos.

—Karl, allá abajo, ¿te has fijado?

Sheridan miró en la dirección indicada, ya en lo alto del otero.

—Parecen pirámides, pirámides egipcias, y se ve algo más.

—Si estamos en el Pacífico, no podemos estar en Egipto.

—Un enigma más ante nuestros ojos, Nacha. La llave de la lógica sigue sin aparecer. No comprendo nada.

Extrajo los prismáticos de la mochila y escrutó con ellos las altas y recias pirámides.

—Tras las cuatro pirámides hay como unas grandes murallas, algo parecido a la muralla china o a los altos muros de los desaparecidos palacios babilónicos. —Karl tendió los prismáticos a la joven, añadiendo—: Apenas pueden verse, pero se elevan columnas de humo tras aquellos muros.

— ¿Civilización?

—Lo ignoro, pero posiblemente hay hombres o mujeres cocinando.

—El sol todavía está alto. Si nos damos prisa, podemos llegar antes del anochecer.

—Sí, eso haremos. Avisaré al coronel. Va a ponerse contento cuando le comuniquemos el descubrimiento de vida humana y racional en este extraño mundo que nos rodea.

Karl puso el emisor una vez más en funcionamiento, comunicándose con el coronel Divalié. Como habían supuesto, éste se congratuló ante la noticia.

Karl y Nacha, con precaución, descendieron del montículo.

El terreno para llegar a los muros que habían divisado no era llano y sí bastante accidentado.

La humedad en el suelo aumentó y por consiguiente la vida vegetal y también la arboleda, aunque cerca de las pirámides y las murallas la tierra estaba despejada.

—Nos queda como una hora de camino. Será mejor que descansemos, comamos un poco y luego reemprendamos la marcha.

—El método ante todo, ¿no?

—Sí, Nacha. No hay por qué agotarse. Tenemos agua, alimentos y tiempo. Precipitarse en la actuación es propio de personas nerviosas y no preparadas.

—Bien, descansaremos entre estos árboles. Por lo menos, esta zona parece mejor que la que hemos dejado atrás. Hay una humedad que va mejor con nuestros cuerpos y el calor no es tan asfixiante.

Descargaron las mochilas.

Cuando Nacha procedía a disolver en agua unos alimentos concentrados y deshidratados previamente, Sheridan advirtió con naturalidad:

—No te muevas.

— ¿Qué sucede?

—Nos están observando.

La joven miró en derredor, asustada.

— ¿Quién?

—No temas, no es un escorpión ni otro insecto gigante. Son seres humanos, pero ignoro si son hostiles o amistosos.

— ¿Qué hacemos?

—Proseguir con naturalidad, como si nada ocurriera.

— ¿Y si nos atacan?

—Carecemos de armas, pero tú puedes utilizar uno de los cuchillos y ruega a Dios por que salgamos con bien de esta nueva aventura.

Nacha se apresuró a sacar el cuchillo con el que debía cortar las cápsulas plásticas que guardaban los alimentos, algunos de ellos liofilizados.

Por entre los árboles comenzaron a asomar los seres que les habían estado observando. Nacha sufrió un estremecimiento. Karl, más frío, comenzó a contarlos y a escrutarlos.

En número de media docena, aquellos tipos recios y no muy altos se cubrían con pieles de animales, cazados, probablemente, por ellos mismos, pieles fétidas y mal curtidas.

Iban descalzos, pero las plantas de sus pies eran de una piel tan dura como el cuero de una suela de zapato. No era fácil que se clavara una piedra en ellos. Rostros barbudos y cabellos largos que jamás habían conocido un peine. Frente pequeña y huidiza y poderosos maxilares armados de colmillos capaces de yugular a una bestia de una sola dentellada.

Aquellos seres, que Karl Sheridan asoció con los pitecántropos de los tratados de antropología; iban armados con pesadas mazas de piedra de sílex sujetas con tiras de cuero a ramas gruesas de fresno o roble.

Dos de ellos, en lugar de mazas, llevaban una especie de larga y pesada cachiporra, con la que podrían abrir un cráneo humano como si se tratara de una nuez, y los poderosos bíceps que lucían parecían suficientes para manejar aquellas pesadas armas.

—Karl, no creo que con ellos nos valgan mis idiomas.

—Yo opino que tampoco, Nacha, pero sigamos como si no les diéramos importancia. Ellos no se deciden a atacarnos todavía. Parecemos bichos desconocidos para ellos.

Karl trataba de infundir calma en la joven, pero comprendía que la situación era muy difícil. Sí habían estado a punto de perecer ante el voraz y maligno escorpión, ante aquellos seres de la edad de piedra no estaban mucho mejor. Sus armas se balanceaban lentas al extremo de sus brazos. Sólo faltaba que uno de ellos diera la orden y les atacarían. No habría tiempo de pronunciar ni una sola palabra: las pesadas armas les aplastarían machacándolos

Uno de aquellos seres, el más alto y recio, el que parecía llevar la maza de piedra más pesada, se adelantó hacia la pareja. No podía decirse si sonreía o gruñía. Su rostro casi desaparecía en medio del abundante y sucio vello.

—Karl, ¿qué querrá?

—Creo que hay una porción de botella de whisky en mi mochila.

— ¿Whisky? Eso está prohibido en los vuelos espaciales.

—Siempre se hacen cosas prohibitivas y a veces sirven.

Karl actuó con naturalidad, sin demostrar temor ante los sujetos que les rodeaban y que quizá estaban más cerca del gorila que del ser humano.

Con el vaso lleno de whisky, Karl se levantó. Se lo llevó a los labios y tomó un sorbo. Luego, dio un paso hacia el hombre de la edad de piedra.

Este, en principio, retrocedió, pero como que Karl le tendía el vaso, se acercó a él, siempre amenazante con la maza. Tomó el vaso de papel.

Karl le sonrió, invitándole con un gesto para que bebiera.

El pitecántropo, imitando como si fuera un simio, llevó el vaso a su boca y vertió el contenido en su garganta.

Los ojos de aquel ser perdido en el pasado de la prehistoria enrojecieron. Sacó vapor por la nariz y boca y lanzó un alarido que casi heló la sangre en las venas de Nacha; un bramido que debió escucharse en una milla a la redonda.

Los otros cinco seres prehistóricos dieron varios pasos atrás, asustados por el terrible grito del que semejaba su jefe.

Sacando fuego por la boca, ante aquel brebaje fuerte y desconocido totalmente para él, el hombre prehistórico alzó su mazo dispuesto a abrir el cráneo de Karl. No contó con la agilidad de Sheridan y el mazazo se perdió en el vacío.

Karl lo castigó por dos veces con rodillas y codos con estudiados y científicos golpes de karate. Luego, le hizo la llave tercera de hombros de judo y el hombre prehistórico salió volteado por el aire, estrellándose de cabeza contra el suelo. Se escuchó un chasquido impresionante, ya que el cráneo coincidió con una aguda roca que había en tierra.

Los otros cinco se decidieron a atacar. Por lo visto era importante para ellos matar al hombre y llevarse a la hembra como trofeo o botín de caza.

Dos de ellos se lanzaron sobre Nacha. Esta trató de escapar sin éxito y su cuchillo se hundió en el costado de uno de aquellos tipos que, con el arma elevada, se arrojó al suelo, dando vueltas sobre sí mismo y gritando de forma espantosa, escalofriante.

Tres de los pitecántropos rodearon a Karl, dispuestos a machacarlo: dos de ellos, con mazas, y el tercero, con una enorme y letal cachiporra.

Karl saltó de un lado a otro, esquivando los golpes. Aquellos tipos, viendo a su jefe en el suelo con la cabeza abierta, tenían sus precauciones con Sheridan, que aun careciendo de armas, no parecía enemigo fácil.

— ¡Karl! —gritó Nacha, al sentirse arrastrada hacia los árboles por uno de aquellos seres.

Karl fintó uno de aquellos golpes. Rodeó un árbol y corrió medio encorvado. Aferró una de las pesadas mazas de piedra y salió en persecución del tipo que se llevaba a Nacha. Consiguió golpearlo con la pesada maza en mitad de la espalda, y el espinazo crujió, doblándose hacia atrás. La joven quedó libre.

— ¡Karl, Karl!

—No temas, Nacha. Sólo quedan tres, y están indecisos.

De pronto, entró en escena algo inesperado para ellos.

Se escucharon unos zumbidos y fue cosa de segundos. Aquellos ejemplares prehistóricos fueron materialmente acribillados por agudas flechas surgidas de entre el follaje.

También volaron tres o cuatro lanzas. Una de ellas terminó con el bruto que se revolcaba por el suelo con el cuchillo clavado por Nacha en su costado y que no había bastado para darle muerte.

—Parece que recibimos ayuda.

— ¿No serán nuevas flechas contra nosotros? —preguntó ella, asustada.

—Lo ignoro. Hay que esperar.

La media docena de aquellos seres quedaron muertos, tendidos en las más diversas posturas. Entre el follaje aparecieron unos seres totalmente distintos.

Karl y Nacha se vieron rodeados por dos docenas de soldados bien armados y disciplinados.

Observaron su atuendo y les recordó las pinturas egipcias, aunque quizá sus cascos de cobre tenían reminiscencias babilónicas.

Usaban pecheras, espinilleras y llevaban espadas y lanzas de cobre pulimentado. La mayor parte de ellos portaba arcos nada rudimentarios y carcaj a la espalda con buena provisión de flechas cómo las que habían dado muerte a los pitecántropos.

Los rasgos étnicos de aquellos seres eran asiáticos. Su piel tenía un tinte entre amarillo y bronceado. Se adivinaba inteligencia en ellos.

Nacha dijo:

—Por su rostro, parecen indochinos.

—Y por otras cosas, egipcios o babilónicos.

—Sí, son una mezcla de varias civilizaciones diferentes o las civilizaciones distintas son derivadas de estos seres desconocidos. ¿Dónde habremos caído?

—Veremos si sirve ahora alguno de tus idiomas asiáticos.

El que parecía comandar el grupo escrutó de forma muy especial a Nacha; su figura, la pronunciación de los senos en la ligera casaca, su cabello rubio y largo. La joven tuvo la desagradable sensación de que la estaban observando como si se hallara desnuda.

Aquel militar dio unas órdenes y sus soldados comenzaron a cortar ramas y a sujetar en ellas los cadáveres de los hombres muertos, con

evidente intención de llevárselos.

— ¿Has entendido lo que han dicho?

—No. Hablan una lengua totalmente desconocida para mí, lo lamento,

A una nueva orden del jefe, cinco de los soldados rodearon a la pareja, apuntándoles con las lanzas de madera de castaño pulida y puntas de afilado cobre.

—Creo que hemos de considerarnos sus prisioneros.

— ¿Adónde nos llevarán?

—Seguramente, a su fortaleza. Deben vivir tras las murallas. Esta gente parece tener una civilización paralela a la egipcia, en tiempo de los faraones, como hace tres mil años, quizá anterior al esplendor de los grandes faraones.

—Pero, ¿qué explicación puedes dar a todo esto?

—No lo sé. Si no fuera un absurdo más, diría que hemos regresado al pasado.

— ¿Hemos cruzado la barrera de una cuarta dimensión?

—Estoy algo aturdido. Nacha, pero es la única explicación que hallo a todo este lío en que nos vemos envueltos.

Karl cogió su mochila y fue claramente amenazado por las puntas de las lanzas.

La voz del jefe militar echó atrás a los soldados y tanto Nacha como el hombre fueron libres de recoger sus cosas.

Cuando los seis cadáveres quedaron suspendidos como trofeos de caza de las largas ramas que llevaban cuatro hombres por ejemplar, se pusieron en marcha.

El jefe militar se situó frente a la pareja. Tras ellos, soldados dispuestos con sus lanzas por si trataban de escapar.

—Nacha...

— ¿Qué?

—Seguiremos hablando, pero voy a comunicarme con Divalié para que conozca lo ocurrido.

— ¿Y si te descubren?

—Me parece que estos soldados están muy lejos de conocer la comunicación a distancia. Fíjate en sus armas. El único metal empleado es el cobre, al igual que los antiguos egipcios. El cobre es un metal muy blando comparado con el hierro y no hablemos del acero. Creo que si tuviéramos alguna de las armas usuales en nuestra civilización, esta gente saldría huyendo despavorida.

—Pero no poseemos ninguna. No podíamos prever esta absurda aventura.

—Que nos puede costar muy cara.

—En la nave hay el cañón «Láser» que había de servir para lanzar las señales de sondeo y medición de distancias a través del cosmos.

—Es cierto, unas señales que pueden lanzarse a cientos de millones de millas. Un «Láser» muy poderoso que a dos o tres millas, y no digamos a cientos de yardas, puede perforar fácilmente el muro de granito más denso.

—Es un arma —dijo Nacha.

—Sí, pero no puede transportarse, ya que está alimentada con la energía que emana de la pila nuclear que abastece todo el sistema eléctrico de la nave. Además, resulta pesada y no podemos arriesgarnos a que Divalié abandone la nave. Es nuestra última posibilidad de escapatoria, si es que existe esa posibilidad.

Ella suspiró.

—Es cierto. Rodeados por estos hombres de ojos enigmáticos no me siento nada segura. Parece que les llamó mucho la atención el color de mi cabello.

—Es posible que no hayan visto jamás otro del mismo color. Ignoro si nos hemos convertido en sus huéspedes o en sus esclavos.

—Lo averiguaremos cuando nos conduzcan a presencia de sus jefes o reyes; depende de cómo esté constituido su pueblo.

Karl, sin sacar el microemisor de su bolsillo, oprimió el botón del mismo y siguió hablando en igual tono para no despertar sospechas.

—Divalié...

—Le escucho, Sheridan.

—No hable muy alto, por favor.

— ¿Nuevos problemas?

—Sí. Después de toparnos con unos seres sacados de la prehistoria de nuestro planeta, hemos sido capturados por unos aguerridos soldados que parecen proceder de una civilización paralela o muy similar a la egipcia o preegipcia.

— ¿Y dice que son sus prisioneros?

—Eso me temo. Estamos rodeados de agudas lanzas de cobre y caminamos hacia su poblado, rodeado de altas murallas v pirámides al estilo egipcio.

— ¿Y Nacha?

La propia joven respondió:

—Sigo bien, Divalié. Tengamos confianza, pero más valdría que situara el cañón «Láser» en la puerta del cohete, por si hay que utilizarlo como arma en una situación desesperada.

—Nacha tiene razón. Coloque el cañón «Láser» frente a la puerta.

—Bien, haré lo que indican. ¿En qué situación se hallan?

—Avanzamos hacia el Norte. Ya veremos la forma de comunicarnos mejor; quizá tenga que emplear el «Láser» de alguna forma. Utilice el sistema de radiogoniómetro a través de los cálculos de la computadora y podrá localizarnos exactamente.

—De acuerdo, no les perderé de vista, pero no se arriesguen. Pidan

mi colaboración en cuanto sea preciso.

—Descuide, Divalié. Usted puede ser nuestra última esperanza de salvación. Trataremos de dialogar con nuestros secuestradores.

El jefe de los soldados, alertado por la voz masculina que escuchaba y no podía localizar, comenzó a rodear a la pareja al tiempo que ordenaba algo a sus hombres y éstos escrutaban por entre los árboles, como buscando a alguien oculto entre ellos.

—Cállese, Divalié, corto. La situación es difícil ahora.

Karl Sheridan suspendió la comunicación, y cuando los soldados se hubieron asegurado de que no había nadie más en derredor, la marcha se reanudó hacia la ciudad amurallada, único signo de civilización que habían encontrado los astronautas en aquel mundo absurdo en que se hallaban.

CAPITULO IV

Las murallas eran pétreas, construidas con grandes bloques de granito de un peso superior a las diez toneladas, bloques bien cincelados, algo incomprensible en aquellos hombres que sólo poseían herramientas de cobre.

Las pirámides tenían una gran semejanza con las egipcias más que con las pertenecientes a las civilizaciones preincaicas o preaztecas.

Karl Sheridan observó que los muros eran muy altos, inexpugnables, de una altura superior a los ciento veinte pies, v no creía que aquellas murallas hubieran sido levantadas para protegerse de los hombres prehistóricos que les atacaran con anterioridad.

—Supongo que estos muros les protegerán de los grandes monstruos que deben abundar por estos alrededores.

—Es lo que estaba pensando yo, Nacha, porque no hay escalera humana que pueda salvar una altura tan considerable.

En el pretil de las murallas distinguieron a los vigías, con sus arcos y largas trompetas, con las que deberían avisar de los peligros que se presentaran.

La puerta de la muralla tendría doce o quince pies de alta por diez de ancha. Era un bloque de granito entero y pulimentado que, encajado en amplias guías, era elevado por poderosas cadenas de cobre reforzadas con cuerdas, mediante un contrapeso, y movidas las ruedas por seis pesados bueyes que pudieron ver al otro lado del espeso muro, capaz de resistir la embestida de cualquier monstruo por grande que éste fuera.

Cuando rebasaron la puerta, sonaron las trompetas dando la señal de aviso.

Las murallas no circundaban una ciudad, sino toda una vasta extensión de campos de cultivo. Era una verdadera frontera pétrea de un país, quizá de una civilización que vivía allí encerrada y autoprotegida al estilo de las ciudades-palacio de Caldea, Siria o Babilonia.

La puerta por la que fueron entrados a aquella ignorada ciudad o país correspondía a la población misma.

Tras ellos, el gran bloque granítico se cerró, aislándoles del exterior y haciendo materialmente imposible que nada ni nadie entrara en el recinto.

El pueblo salió a recibirles, brotando de casas construidas con ladrillos.

Lucían joyas de oro y piedras preciosas. Habían descubierto el oro, pero en poca cantidad, y sólo lo utilizaban como ornato, engarzando

en él las gemas.

Vestían telas de seda y los hombres utilizaban protectores de cobre en forma de coraza, que habrían de defenderles de los ataques de sus múltiples enemigos.

Todos calzaban sandalias y podían distinguirse muy bien los hombres de las mujeres, ya que éstas sólo vestían pantalones de seda, en los más variados colores, que las protegían desde la cintura hasta los tobillos. No obstante, llevaban brazaletes, pendientes y algunos collares.

Sus cabellos eran largos, abundantes y brillaban, pero todos ellos eran azabaches, contrastando vistosamente con los de Nacha Kavanova.

La estatura de aquellos seres de rasgos indochinos era bastante inferior a la de Nacha y, por supuesto, a la de Karl Sheridan, cuya cabeza cobriza se erguía por encima de la multitud de curiosos que les rodeaban.

Mujeres y hombres rieron, escarneciendo los cadáveres de los pitecántropos, al parecer grandes enemigos suyos.

Los soldados impidieron, más a las mujeres que a los hombres, que se acercaran excesivamente a los extranjeros prisioneros.

A través de la calle principal de aquella población, que por lo visto desconocía el caballo, aunque sí utilizaba el buey para sus carros y arrastre general de peso, les condujeron al palacio, centro y eje de aquella urbe.

El palacio se levantaba algo alejado de las grandes murallas, y debido a su altura, se elevaba muy por encima del resto de las edificaciones, pudiendo verse desde cualquier punto de la ciudad.

Su entrada no estaba a ras del suelo, sino que habían de ascenderse unas empinadas escaleras pétreas. Luego había una explanada y la entrada al palacio, que posiblemente también sería templo de aquel pueblo.

En lo más alto del palacio había un mirador, desde el cual podían observar cualquier punto de las murallas e incluso el horizonte por encima de las mismas.

El pueblo, sin que nadie lo impidiera, no subió la escalera de palacio, quedando detenido al pie del primer escalón, quizá por respeto o miedo a sus dirigentes.

Karl y Nacha ascendieron precedidos por el botín, consistente en los seis cadáveres de aquellos hombres prehistóricos.

Cuando llegaron al final de la gran escalinata, hallaron la explanada, que, por su forma, parecía destinada a los sacrificios. Había túmulos manchados de sangre reseca por el sol y sobre cada uno de ellos fueron colocados los cuerpos de los hombres prehistóricos. Junto a dichos túmulos, en el suelo, había unos

agujeros que parecían carecer de fondo y que debían tener algún motivo fundamental.

Karl pensó con disgusto que aquella gente parecía aficionada al sacrificio humano. Prefirió no decirle nada a Nacha para no alarmarla, pero si les llegaba la hora de ser sacrificados en aquellas piedras, que fuera rápido, pues parecía imposible escapar de aquel recinto amurallado y celosamente protegido por disciplinados soldados que debían controlarlo todo metódicamente.

Fueron introducidos en palacio cuando la tarde caía y el cielo se tornaba rojo. El recinto estaba iluminado por vasijas sujetas en las paredes y que contenían materia inflamable, posiblemente algún tipo de resina vegetal, ya que allí dentro no olía mal.

En la nave grande del palacio apareció nueva gente que les miró con curiosidad. Hombres y mujeres vestían como los que habían visto con anterioridad, pero eran más altos y sus rasgos étnicos algo distintos.

Allí abundaban los hombres v mujeres totalmente carentes de pelo y vello hasta en las pestañas. Incluso en muchos de ellos, la piel era más sonrosada, aunque estaba muy lejos de parecerse a la de Karl o Nacha.

—Yo diría que éstos son mestizos.

—Eso mismo creo yo, Nacha. Parecen una clase más privilegiada .que el pueblo que ha quedado fuera de palacio.

Sus personas suscitaban una gran curiosidad, pero la mayor atención se la llevaba Nacha con su cabello rubio y la casaca que cubría su busto, ya que allí todas las féminas iban desnudas o con collares.

Tras rebasar la nave principal del palacio, a cuyos lados se, abrían múltiples puertas que debían conducir a las viviendas de aquella clase privilegiada o servidores de la corte, una guardia especial de guerreros más fornidos y altos protegían una gran puerta de recia madera placada con cobre labrado representando extraños signos, de los cuales Nacha opinó:

—Parecen signos astrológicos.

Escoltados, aguardaron frente a la puerta como un cuarto de hora. Fueron obligados a dejar en el suelo sus mochilas, pero Karl conservó en su bolsillo el emisor receptor que les mantendría comunicados con el coronel Divalié.

Al fin se abrieron las grandes puertas, y escoltados por doble guardia, ya que se agregó a ellos un retén, pasaron a una nueva sala decorada con profusión de cortinajes, joyas, dibujos en las paredes y tronos tallados en finas maderas a excepción del principal que parecía de oro macizo.

Había siete tronos, algo separados entre sí, y el del centro más

elevado. En cada uno de ellos se sentaba un hombre vestido con rica túnica bordada en oro y piedras preciosas. Frente a cada sitial, en unos pequeños peldaños, se sentaban dos hembras que correspondían a cada uno de los hombres. Tras dichos sillones, en pie, había jóvenes, los varones a la diestra y las mujeres a la izquierda.

Karl supuso que eran los hijos de cada uno de aquellos hombres que, al igual que las esposas y descendientes, carecían de pelo y vello. Sus pieles eran sonrosadas, sus frentes más abultadas, los ojos grandes y redondos, narices largas y afiladas y poderosas mandíbulas.

—Ahora comprendo lo de los mestizos de la otra sala —dijo Nacha.

Karl observó:

—Por lo visto, los dirigentes pertenecen a una raza, a un grupo étnico distinto que el pueblo, pero deben de tener concubinas y forman esa nueva generación intermedia de bastardos con privilegios especiales y de los que debe carecer el pueblo.

De pronto, el individuo de extraña raza que ocupaba el trono de oro, se irguió levemente y habló con voz gutural y profunda.

—Extranjeros, yo soy Akavel, el rey del pueblo de lo astromitas. A mi derecha e izquierda están los sabios y sumos sacerdotes de este pueblo. Delante, a nuestros pies, nuestras mujeres. Detrás, nuestros herederos, los que en el futuro nos sucederán y dirigirán este pueblo por el camino de la gloria y victoria sobre los bárbaros y monstruos del exterior. Vosotros, ¿quiénes sois?

—Antes de responder diré que es sorprendente que sepáis hablar nuestra lengua.

El rey de los astromitas, como él mismo se había denominado, alzó sus manos y se tocó la frente.

—Poseemos el gran poder de la mente, heredado de nuestros antepasados los dioses que vinieron del firmamento. Podemos hablar cualquier lengua con sólo escrutar durante breves instantes la mente de nuestros interlocutores, de ellos sacamos la forma de expresión.

Nacha y Karl comprendieron que se hallaban ante unos grandes pensadores, seres que habían sacado un gran partido de su cerebro y sabían explotarlo. Por ello gobernaban a otro pueblo inferior, dominándolo y viviendo prácticamente de su esfuerzo físico.

A aquellos seres no era fácil engañarlos, ya que Karl y Nacha ignoraban hasta dónde llegaba su poder telepático. Los astromitas traducían los pensamientos de sus interlocutores en las propias palabras que éstos estaban acostumbrados a oír y que forzosamente debían constituir archivo o diccionario en la mente de cada cual.

Karl Sheridan comprendió que si les consideraban inferiores podían acabar en una de las piedras de sacrificio que había en el exterior. Debían esgrimir la baza de demostrar también inteligencia y

superioridad.

—Nosotros también venimos del firmamento.

Entre los herederos y las mujeres hubo murmullos y comentarios, más el rey Akavel y sus seis sacerdotes continuaron silenciosos observándoles.

—Nos hallamos perdidos y buscamos a nuestro pueblo —aclaró Nacha.

La rusa se fijó en que el heredero del rey no le quitaba los ojos de encima, mirándola de forma muy especial. Se sintió a disgusto.

— ¿Y dónde está vuestro pueblo?

A la pregunta del rey, Karl repuso:

—Lo ignoramos en estos instantes porque desconocemos el lugar donde nos hallamos. Rogamos a vuestra benevolencia nos aclaréis dónde nos hallamos y cuáles son vuestros pueblos vecinos a fin de orientarnos, ya que estamos perdidos.

Karl sintió sobre sí la ardiente mirada de la hija de Akavel, una mujer en el esplendor de su juventud, pero que no atraía en absoluto al norteamericano pese a estar bien provista de las peculiares redondeces propias de su sexo. Había algo en aquellos seres que le inspiraba repugnancia pese a su evidente grado de inteligencia.

—El único pueblo inteligente y civilizado, con el arte de pensar, trabajar y escribir, es el nuestro. Fuera de los muros sólo están los bárbaros que son exterminados en cuanto son descubiertos. No existe otro pueblo que nosotros conozcamos, por ello ignoramos de dónde procedéis vosotros. No sabemos si sois amigos o enemigos a los que hay que sacrificar.

Karl se apresuró a decir:

—Somos amigos de los que nada debéis temer. No traemos armas con nosotros.

—Sin embargo, supisteis pelear contra los bárbaros matando a tres de ellos. Mis soldados lo han contado.

—Sólo hicimos que defendernos. Nosotros no queremos dar muerte a nadie. —Karl creyó conveniente añadir—: Pero tenemos poder y no estamos solos.

— ¿Cuántos sois?

Karl trató de responder sabiamente.

—Cuando se posee escaso poder interesa ser muchos frente a un posible enemigo. Cuando se es poderoso, no importa ser pocos al igual que vosotros sois pocos y dirigís sabiamente a todo el pueblo que rodea el palacio.

—Extranjero, hablas con el don de la inteligencia, pero es dudoso para nosotros creer que venís del país de los dioses. —Señaló hacia arriba—. Para que os creamos, deberéis demostrar que en verdad sí poseéis poder.

— ¿Es una especie de reto? —preguntó abiertamente.

El rey respondió prudente:

—Como herencia de nuestros antepasados recibimos la orden de respetar y dar cobijo a cuantos bajaran del firmamento v de exterminar a los enemigos que vinieran del otro lado de las murallas. De momento, vosotros habéis venido del otro lado de las murallas y debéis demostrar que tenéis poder y habéis bajado efectivamente del firmamento. Así os podremos respetar, agasajar y dar el cobijo que merecéis hasta que lo creáis conveniente y gusto nos dará mostrar a tan distinguidos huéspedes nuestro pueblo, nuestro saber y proyectos.

En voz baja, Nacha inquirió:

—Karl, ¿cómo resolverás esta situación? Si no les demostramos algo, nos sacrifican a sus dioses como si fuéramos carneros.

—Déjame a mí, ya se me ocurrirá algo.

— ¿Habéis decidido ya? —apremió el rey.

—Sí, os mostraremos nuestro poder.

—Estamos dispuestos a contemplarlo.

—No será ahora. Antes deberemos pedir la atención de quienes nos protegen.

— ¿Quiénes son, se hallan tras las murallas?

—No podemos responderos ahora. He visto que en lo alto de vuestro palacio tenéis una plataforma para estudiar el firmamento y observar vuestros dominios.

—Así es y también para implorar la protección de nuestros antepasados los dioses que viven en las miríadas de estrellas que fulguran en el firmamento en las noches sin luna.

Karl y Nacha no acabaron de comprender aquella frase, apenas repararon en ella.

—Dejadnos subir a la plataforma, que nadie en absoluto moleste nuestras meditaciones. Cuando sea oportuno, os daremos aviso para que podáis contemplar nuestro poder.

—Que así sea, extranjeros. Si vuestro poder es falso, moriréis. Mi hijo os acompañará seguidos de una escolta de la guardia. Luego, seréis dejados en absoluta tranquilidad para que nadie interfiera vuestras meditaciones. Yo, el rey, y mis sabios y sacerdotes aguardaremos vuestro aviso con suma impaciencia.

La hija de Akavel no despegó sus pupilas de Karl y el heredero de aquel extraño reino se adelantó, bajó los peldaños que les separaban y se puso delante de la pareja. Inmediatamente se formó tras ellos una escolta, terminando el primer diálogo, quizá el último, que habría de mantenerse entre ellos.

CAPITULO V

La plataforma que se hallaba en la cúspide del palacio era circular, de unas diez yardas de diámetro y protegida por artísticas almenas.

Había allí extraños medidores que seguramente controlarían los movimientos del cosmos con sus estrellas y planetas.

En el lado norte, colgado de dos cadenas sujetas a las puntas de dos mástiles verticales, había un enorme plato que posiblemente serviría de gong para llamadas de atención en las grandes solemnidades.

En el centro de la plataforma había también unas piedras graníticas ahumadas dispuestas en círculo y en cuyo interior seguramente se volcarían resinas o materias combustibles que harían arder en llama alta en sus ritos religiosos.

—Si carecéis de poder tú, extranjero, serás sacrificado —advirtió el hijo del rey.

—Espero que no suceda tal cosa. Mis amigos podrían enfurecerse y tu pueblo sufriría.

—Mi pueblo es muy fuerte y tiene mucho saber. —Encaró hacia Nacha su faz redonda, de mandíbulas fuertes, más propias de un mandril que de un ser humano, de ojos grandes y redondos y sin vello alguno—. Tú serías mi más preciado juguete. Me agradaría tener hijos con los cabellos del color del oro como los tuyos.

Iba a adelantarse para tocar con sus manos la cabeza de la asustada Nacha, pero Karl se le interpuso altivo y retador.

—Tu padre ha ordenado que nos dejéis solos. En cuanto a ella, es mi mujer, me pertenece.

Nacha miró a Karl entre angustiada y sorprendida. Gorko, el hijo del rey, forzó una extraña sonrisa y se alejó.

La trampilla que daba paso a la plataforma se cerró, cortándoles toda posible retirada. Jamás habían estado tan al aire libre y a la vez tan encerrados.

Karl se asomó al borde de las almenas y divisó la impresionante altura del palacio que superaba en cincuenta o sesenta pies la altura máxima de las murallas que protegían a aquel pueblo de los bárbaros prehistóricos y los monstruos del exterior.

—No se puede bajar de aquí, ¿verdad?

—No. Hasta la explanada que hay sobre las escalinatas de la entrada de palacio existe la suficiente altura para que quedáramos estrellados si tratásemos de bajar de aquí.

Nacha Kavanova se asomó y descubrió a docena y media de aquella clase privilegiada de mestizos, todos ellos vestidos ahora de

color naranja, que se dirigían a las piedras del sacrificio.

— ¿Qué van a hacer?

—Será mejor que no mires, Nacha.

— ¿Por qué, qué va a suceder?

—Me temo que no han traído porque sí los cadáveres de los pitecántropos hasta aquí. —No comprendo.

Más comenzó a entender al ver que procedían a desollarlos. Cabezas, manos, pies y vísceras fueron arrojados a los pozos que había junto a cada una de las piedras de sacrificio.

—Qué horror, si parece que sean carneros para ellos.

—Me temo que esa extraña raza de hombres sin vello que domina este pueblo son antropófagos. Deben alimentarse exclusivamente de carne y parece que prefieren la humana a otra. No me extrañaría que incluso el pueblo que dominan pagara su tributo humano cada determinadas fechas para que ellos sacien sus apetitos de caníbales.

Estremecida, Nacha no pudo evitar estrecharse contra la cintura del hombre.

—Creo que comienzo a temer a esa gente.

—Aquí sólo pueden formularse hipótesis pese a que soy contrario a ellas.

— ¿De qué hipótesis quieres hablar, Karl?

—El pueblo sometido es terrestre, posiblemente asiático, pero ellos pueden ser seres extraterrestres.

— ¿Tú crees?

—Han hablado de que sus antepasados vinieron del firmamento. Es posible que su nave se averiara y no les quedara otro remedio que quedarse aquí en la Tierra y por poseer una cultura muy superior dominaron al pueblo que encierra estas murallas. Ellos formarían un reinado, unas jerarquías, unas clases sociales y unos soldados.

—Pero sólo conocen el cobre y otros metales como el oro para las joyas. Es poca cosa para unos seres que pueden proceder de otro planeta.

—Puede tener su justificación en que los primeros no lograron encontrar metales conocidos por ellos y al pasar de generación en generación olvidaran o simplemente no quisieran transmitir toda su técnica científica para que no fuera absorbida por el pueblo sometido. Prefirieron dejar vivir a éste más o menos con su propia, evolución, dominándolos con su cultura, con su fuerza mental, con sus poderes quizá médicos o extrasensoriales que a los miembros del pueblo sometido deben parecer mágicos por desconocerlos o estar imposibilitados para hacer otro tanto. Lo cierto es que esos seres son extraterrestres y muy peligrosos.

—Luego, la otra gente, los mestizos…

—Producto de sus concubinatos o libertinajes. Son sus bastardos, y

para ellos, el pueblo no son ciudadanos, sino esclavos de los que se sirven para trabajar, levantar murallas, guerrear, liberarse de los enemigos y seguir sobreviviendo. Posiblemente, sin ese pueblo sometido, no conseguirían sobrevivir. Los hombres de la edad de piedra que hay fuera de las murallas los exterminarían aplastándolos o simplemente serían devorados por los monstruos.

De pronto, Nacha se giró del lado opuesto y señaló con su índice:

—Mira, Karl, ¿qué es aquello? Parece un monumental platíbolo.

Karl Sheridan pasó al otro lado de las almenas y escrutó atentamente aquel extraño y gigantesco objeto que se hallaba construido sobre pilares de granito, sosteniéndolo a modo de columnas.

—En efecto, parece un platíbolo. Tendrá más de cien yardas de diámetro y un grosor de veinte pies en su parte más delgada, porque en su centro o eje forma un cono que puede ser un puesto de mando. Hay mucha gente trabajando en derredor.

—Y todo él parece construido en plancha de cobre, metal que por lo visto trabajan a la perfección.

—Sí, por lo menos la parte exterior es de cobre. Ignoramos qué habrá en su interior para darle solidez y que no se aplaste.

— ¿Crees que ese extraño objeto podrá elevarse en el aire?

A la pregunta de la fémina, el hombre denegó:

—No, creo que carece de lo esencial.

— ¿Motores?

—Exacto, motores. Diría más bien que es un nuevo templo de esa gente o una nave dispuesta para flotar sobre las aguas durante largo tiempo. Es sabido que el cobre resiste bastante bien la erosión del agua de mar y a la vez no admite las incrustaciones marinas. Los antiguos fenicios y los griegos utilizaban revestimientos de plancha de cobre para sus naves de madera, evitando así las incrustaciones marinas y por consiguiente que la velocidad de navegación se viera mermada por ellas.

—Si no se ve agua por parte alguna.

Tras la observación de Nacha, Karl dijo:

—Si la computadora y el sextante dicen que estamos en el Pacífico, ¿quién nos asegura que no nos hallamos en una gran isla en mitad del Pacífico, una isla tan grande como Australia o Madagascar, una isla con pretensiones de continente?

—En el centro del Pacífico no existe esa isla, Karl.

—No existe en el mundo del que procedemos, pero me temo que las aventuras de ciencia ficción que tanto se estilan en las novelas o los filmes de recreo y diversión han quedado superadas por nuestra realidad. Estamos en el pasado de nuestro planeta Tierra, ya no me cabe ninguna duda.

—Pero este sitio…

—Si mi lógica no falla, está destinado a desaparecer en un futuro más o menos próximo.

—Todo son elucubraciones pero, ¿cómo salimos de este lugar, cómo evitamos ser sacrificados, desollados y devorados por esos seres que parecen pertenecen a otro planeta?

—Hablaremos con Divalié y veremos qué puede hacer por nosotros. Nuestros equipajes han quedado abajo, seguramente estarán revisándolos minuciosamente.

—No hallarán nada de particular en ellos, unos alimentos que posiblemente no comprenderán.

Karl se volvió hacia el Sur. Parpadeó extrañado y observó:

—Fíjate, Nacha. El sol muere, nace la noche, pero la luz no disminuye gran cosa y allá en el Sur, hay algo desconocido para nosotros.

—Parece un astro emergiendo, pero es enorme.

—No ha emergido aún, sólo está en sus comienzos, pero ignoramos si esa especie de luna es enorme o bien está muy cerca de la Tierra y por ello la vemos tan grande.

—Karl, el coronel Divalié puede darnos los datos exactos referentes a ese satélite con los aparatos de a bordo y las computadoras.

—Sí, le preguntaremos. Posiblemente este satélite cayó en la Tierra hace un millón de años o algo más. Provocaría unos cataclismos telúricos que cambiarían la fisonomía de la Tierra, haciendo desaparecer muchas especies del reino animal y vegetal.

—Allí hay otra luna algo más pequeña, Karl.

—Sí, posiblemente sea la luna de nuestro tiempo. En estos momentos, la Tierra tiene dos lunas al parecer y una de ellas, ya no me cabe duda alguna, se estrellará contra el planeta provocando una nueva era y haciendo desaparecer la anterior.

—Cuando ese satélite caiga, será horrible. La Tierra semejará desgarrarse y los ríos de lava cruzarán los océanos haciendo hervir las aguas. Continentes enteros se hundirán aflorando otros en lugares distintos v algunas zonas de la Tierra sufrirán elevaciones o descensos en el nivel de sus llanos, mesetas o montañas. Una configuración geológica distinta quedará después de que ese astro se estrelle contra la Tierra, atraído por la gravedad de nuestro planeta.

—Ahora comprendo el porqué del escorpión gigante y posiblemente de otros monstruos que deben habitar al otro lado de las murallas. La gravedad de ese astro tan próximo a la Tierra en órbita casi baja, nivela un tanto la gravedad terrestre cuando pasa por encima de determinados puntos. Los animales sufren mutaciones biológicas y liberándose de la aplastante gravedad, crecen y crecen.

—Sí, y cuando ese satélite natural se estrelle contra la Tierra, lo que logre sobrevivir se verá aplastado y las dimensiones de los animales y plantas serán mucho más pequeñas. Un escorpión de quinientos kilos, en su descendencia, se verá transformado en un escorpión de cincuenta gramos.

— ¡Hay tantas posibilidades, tantas hipótesis en cuanto nos rodea! Me agradaría tener aquí una de las filmadoras de videotape para impresionar cuanto estamos viendo.

Karl preguntó sarcástico:

— ¿Y a quién se lo entregarías, Nacha? ¿Crees que tenemos alguna posibilidad de regresar al mundo al cual pertenecemos, al futuro?

—Me da escalofríos pensar que nos quedaremos aquí para siempre, a merced de esos seres extraterrestres.

—Puede que nosotros seamos unas víctimas más de ese astro cuando se estrelle contra la Tierra. Por otra parte, suspiro de alivio por estar lejos del océano. La cercanía de esa luna debe levantar unas mareas monstruosas que harán imposible toda navegación. La evaporación del agua será enorme, provocando tormentas como no podemos imaginar.

— ¿No será ese platíbolo un lugar de refugio ante una emergencia de ese tipo?

—Posiblemente. Ya nos lo explicarán ellos mismos si salimos con bien de este lío.

—Comuniquémonos con Divalié. Hemos hablado mucho rato y él estará tan preocupado como nosotros pero, por supuesto, a salvo de ser desollado y devorado por esos antropófagos tan horribles.

—Me da más miedo el hijo del rey que el propio rey.

— ¿Temes por mí?

—Sí, le atraes demasiado.

— ¿Por eso le has dicho que soy tu mujer?

—Sí. Disculpa si te ha molestado, pero he creído conveniente frenarlo de esa forma. Mientras nos consideren poderosos, nada nos harán. El viejo Akavel es precavido y evitará cometer algún error que luego sea irremediable. Por contra, el joven carece de precaución. Si gobernara él, estaríamos perdidos. Al viejo todavía podemos ganarle tiempo.

— ¿Cómo?

—Hablaremos con Divalié y veremos nuestras posibilidades.

Karl extrajo de su bolsillo el microemisor. Oprimiendo el botón de llamada habló.

—Atención, coronel Divalié, atención. ¿Nos escucha?

Se produjo un silencio cargado de tensión.

CAPITULO VI

Karl y Nacha contaron detalladamente a Divalié lo ocurrido. Este, al final del relato, exclamó:

—Pues estamos en problemas.

—No lo dude, Divalié, en multitud de problemas.

Tras las palabras de Sheridan, comandante de aquella expedición que contra sus previsiones había viajado hacia el pasado, Divalié preguntó:

— ¿Cuál es ahora nuestro objetivo si nos hallamos en un mundo que desconocemos y que nos es hostil?

—Nuestro objetivo sería regresar al futuro, pero lo veo más que problemático. Por un azar del destino, por una excesiva potencia de nuestros motores que han provocado exceso de vibraciones, hemos viajado a la prehistoria si es que podemos denominar así a esta era.

Mirando con angustia a los ojos del norteamericano, Nacha inquirió:

—Y si no conseguimos regresar al futuro, ¿cuál será nuestro objetivo?

La respuesta de Karl Sheridan fue clara, rotunda:

—Sobrevivir. Si es preciso, formaremos una raza que posiblemente aún no existe en la Tierra. Somos dos hombres y una mujer. La decisión de formar pareja como si fuéramos los primeros seres del planeta, será tuya.

Las mejillas femeninas se encendieron, las palabras del hombre significaban mucho.

Pensó que el coronel Divalié era demasiado mayor, en cambio Karl era el ideal para aparejarse y obtener hijos de él. La verdad es que se había enamorado profundamente de aquel hombre alto, de cabellos cobrizos, pupilas grises y nervios de acero que conseguía dominar todas las situaciones de peligro que se planteaban. Pero creyó más oportuno silenciar sus sentimientos.

En el emisor-receptor se escuchó de nuevo la voz de Divalié que decía:

—Las computadoras acaban de darme los datos sobre ese satélite natural.

— ¿Y...?

—Su diámetro es de mil ciento cincuenta y nueve kilómetros.

—Lo que equivale a un tercio de la luna que nosotros conocemos.

—Así es, Sheridan. Gira en una órbita excesivamente baja. No comprendo cómo no ha entrado todavía en la estratosfera, precipitándose contra la Tierra.

— ¿Su densidad?

—Tres coma siete.

—Es menos denso que la Tierra, pero hará mucho daño cuando se estrelle contra nuestro planeta. Divalié agregó:

—Transformará los continentes y los océanos, pero no será suficiente para destruir la vida biológica. Si hay vida en la tierra sobrevivirá en los lugares más lejanos al punto donde se produzca el impacto.

—Cuando vaya a ocurrir ese choque entre los astros trataremos de alejarnos con nuestra nave, regresando al término del cataclismo.

—Pondré a pleno rendimiento las computadoras para ajustar el máximo posible el momento de entrada en la estratosfera y precipitación del satélite natural sobre el planeta tierra.

—Okay, Divalié, pero lo más importante en estos instantes es hacer una demostración de poder a los astromitas o nos desuellan para devorarnos después como si fuéramos filetes de ternera.

—Comprendo. El cañón «Láser» está instalado en la puerta de la nave y ésta se halla abierta. Después de todo no hay bicho ni humano que pueda trepar por la pared de la nave para atacarme.

—No se fíe demasiado, Divalié. Puede haber monstruos voladores, insectos capaces de devorarle o matarle con su aguijón. Recordando los libros de los monstruos antediluvianos, existían varios reptiles voladores que muy bien podrían ser carnívoros.

—Tendré en cuenta sus observaciones, Sheridan.

—Creo que la demostración de poder podríamos hacerla con el cañón «Láser» si es que consigue descubrirnos.

—Gracias al emisor les tengo perfectamente localizados en el mapa y por lo que me han contado, están localizados el palacio y las murallas. Si disparase el «Láser» ahora, el máximo error que tendría sería de una pulgada.

—Bien Divalié, pero si no nos ve, si hay obstáculos en la línea recta entre usted y nosotros, todo está perdido.

—No desesperen. La puerta del cohete donde se halla el «Láser» está a una considerable altura del suelo y por lo que me han dicho, ustedes también se encuentran a una gran altura. Por lo tanto, pocos obstáculos pueden romper una línea recta. Intentaré buscarles con el telescopio de a bordo.

—Dese prisa y guíese por la dirección marcada por las computadoras al ser localizado nuestro emisor.

Se produjo un nuevo silencio mientras Divalié se daba prisa para poder realizar aquella demostración de fuerza que liberase a sus compañeros de tripulación.

El extraño satélite que forzosamente habría de estrellarse contra la tierra, se hallaba sobre ellos dándoles una gran sensación de agobio.

Era como si aquella masa, que ocupaba gran parte del cielo sobre ellos, quisiera aplastarles. Paradójicamente, se sentían más ligeros, más aliviados de peso.

La noche era tan clara que Karl podía ver perfectamente las pupilas azules de Nacha y la angustia que las atenazaba. Una noche en la que cualquiera habría podido leer un periódico sin precaución alguna.

Por la claridad era difícil distinguir el día de la noche, mas no por el astro dominante en el firmamento, pese al cual, en turnos sucesivos, continuaban trabajando en el platíbolo. De él entraban y salían quienes lo construían sin saber quizá para qué, sólo sabían que el rey y los sabios lo habían ordenado y eso bastaba.

—Atención, Sheridan.

—Le escucho, Divalié.

—No puedo verles en línea recta, hay un grupo rocoso importante entre ustedes y yo.

—No hay que desesperar, esos grupos rocosos son inestables. Bombardéelos con los fotones del «Láser», a ver si consigue destruirlos.

—Lo intentaré, y lamento no disponer de una bomba termonuclear para desintegrar esas rocas.

Permanecieron a la expectativa mientras Divalié bombardeaba el otero que había entre ellos con el «Láser».

— ¿Crees que lo conseguirá? —preguntó Nacha.

—Por supuesto. El «Láser» perforará la montaña más sólida. No existe nada que detenga su poder, lo que puede tardar es más o menos. Esperemos que el chorro de fotones corte la base del grupo recoso, desmoronándose el resto superior.

Escucharon un ruido lejano.

Miraron en aquella dirección y sólo pudieron ver un punto luminoso, ya que la distancia era excesiva para el ojo humano y no les permitía ver nada más.

—Creo que lo ha conseguido —exclamó Nacha.

—Sí, Divalié es un buen elemento.

—Atención, Sheridan y Nacha, ¿me escuchan?

—Adelante, Divalié, ya hemos oído el desmoronamiento de las rocas.

— ¿Ha causado la alarma entre los astromitas?

—No, que parezca. Quizá estén acostumbrados a los movimientos telúricos y para ellos haya sido uno más.

—Bien, ahora les veo perfectamente con el telescopio de la nave sobre la plataforma del palacio astromita. También veo una especie de brillante gong.

—Perfecto, Divalié. ¿Qué más puede localizar?

—Algunas docenas de pies de la torre de palacio y luego la muralla. La parte baja del palacio no puedo divisarla, ya que me lo impide la muralla, pero si quiere corto el granito del muro con el «Láser».

—No es preciso por ahora, Divalié. Con una demostración bastará.

— ¿Qué demostración quiere que haga?

—Para ellos, el metal más fuerte que utilizan es el cobre. Lo tienen para sus espadas, para sus puntas de sus lanzas, para sus corazas, etcétera.

Divalié sonrió.

—El cobre no es precisamente un metal duro. Nacha dijo:

—Eso lo tuvieron que admitir los egipcios frente al hierro de los hititas.

—Divalié, apunte con el cañón «Láser» al centro del gong.

—Comprendo. ¿Quiere que lo perfore?

—Sí, hágale unos cuantos agujeros o fúndalo totalmente, pero en el momento en que se lo pida.

— ¿Cuál será la contraseña?

— ¡Rayo! Cuando pronuncie esta palabra, dispare. Opino que puede ser convincente.

—Permaneceré atento al emisor.

—Bien. Vamos a dar el aviso de que el poder está ya con nosotros.

Karl se acercó a la trampilla y comenzó a golpearla con el pie. Segundos más tarde se abrió, apareciendo por delante las puntas de las lanzas de cuatro soldados que ascendieron a la torre. Tras ellos, Gorko, el hijo del rey.

— ¿Tenéis ya vuestro poder, extranjeros? —inquirió escéptico.

—Sí. Da aviso a tu padre el rey de que estamos dispuestos a demostrar a todo tu pueblo el poder que poseemos y que nos hallamos protegidos por los dioses.

—Si eso no resulta cierto, todo habrá terminado para vosotros y la mujer será mía.

—No tengo ningún miedo a la demostración y será bueno que todo el pueblo astromita lo presencie.

Antes de que nadie pudiera impedirlo, Karl asió el mazo del gong y lo golpeó por varias veces consecutivas. Los soldados se miraron entre sí indecisos, sin comprender nada de lo que se hablaba.

—Está bien, ya aviso al rey mi padre.

Gorko desapareció por la trampilla.

Todo el pueblo astromita acudió a la llamada rodeando el palacio, pero deteniéndose al pie de las escalinatas como era de rigor.

Luego, en la explanada de los sacrificios, aparecieron los mestizos que miraron hacia lo alto.

El rey y sus seis sabios o sumos sacerdotes, que no eran otra cosa

que el grupo étnico superviviente de los extraterrestres y que se repartían entre todos los cargos de poder, ascendieron a la plataforma a la que parecían subir habitualmente para hacer sus cálculos astronómicos y astrológicos.

—Gorko me ha comunicado que estáis preparados para demostrarnos vuestro poder.

—Así es —respondió Karl—. Primero, arrodillaos.

—Nosotros no nos arrodillamos ante nadie, extranjero —se irguió el rey, orgulloso.

Karl se lamentó, las propias figuras de aquellos tipos podían interponerse entre el cañón «Láser» y el gong y no era cuestión de que Divalié se cargara con el chorro de fotones a aquellos hombres, provocando el caos.

—Está bien. Por lo menos, agrúpense junto al reloj solar.

A esta orden sí obedecieron aunque a regañadientes. Gorko se quedó junto a la trampilla, Karl asió por el hombro a Nacha y se situó cerca del gong, mirándolo.

— ¿Tenéis algo con que perforar la plancha de cobre del gong?

El rey Akavel respondió:

—Las puntas de sílex con que se trabaja.

—Lo que significa mucho esfuerzo, paciencia y tiempo.

Gorko preguntó suficiente:

— ¿Acaso tú puedes perforar el gong con el dedo?

—Con el dedo no, pero aquí está nuestro ¡rayo!

Al instante, el chorro de «Láser» de dos pulgadas de diámetro cruzó el aire. Dio en el centro del gong y éste quedó perforado instantáneamente mientras el cobre se fundía arrancando destellos el haz lumínico.

El asombro de todos fue grande y el murmullo del pueblo se elevó hacia el firmamento.

Divalié tornó a disparar. El «Láser» perforó el gong en varias ocasiones. Por último, haciendo un alarde de precisión, fundió las cadenas que lo sujetaban y en medio de un gran estruendo cayó desde lo alto de la torre a las escalinatas de palacio, haciendo retroceder a todo el pueblo, asustado ante él, según ellos, pavoroso poder de los extranjeros.

Ante el odio de Gorko, el rey aceptó:

—Ciertamente, vuestro poder es grande.

—Si lo pidiera, esta torre de granito sobre la que nos hallamos sería perforada y cercada por nuestro rayo, precipitándonos todos abajo.

—No, no es necesario tanto, extranjeros. Mis sabios sacerdotes y yo reconocemos vuestra fuerza. Estoy seguro de que ellos y señaló a los sacerdotes— querrán haceros mil preguntas sobre vuestro saber,

pero tiempo habrá para ello. Seréis nuestros huéspedes de altísimo honor, huéspedes como jamás los ha habido. El pueblo astromita gozará de cinco jornadas de fiesta para agasajaros. Os será destinada la mejor estancia del palacio. Pedid lo que queráis y os será servido. Mañana, cuando la estrella que nos calienta aparezca, os mostraremos todo el palacio, nuestro pueblo v nuestros proyectos. Es posible que vuestra ciencia sea una ayuda para nosotros.

Gorko intervino agresivo:

—Rey, no es necesario que nos humillemos tanto ante los extranjeros.

—Gorko —dijo Akavel, grave v severo—. Humilla tu frente y aléjate después a tu dormitorio.

Los soldados miraron amenazadores a Gorko y éste, á regañadientes, se arrodilló primero y bajó su frente hasta el suelo después.

Por último, se levantó y mirando desafiante a Karl se alejó por la trampilla.

—Disculpad a mi hijo. Su sangre es joven, impetuosa, carece de la experiencia y serenidad que sólo dan los años.

—Aceptamos el dormitorio, estamos fatigados; hemos orado mucho rato —dijo Karl cínicamente—. Claro que ahora nuestros dioses están va con nosotros y en adelante no se alejarán de nuestros humildes cuerpos. También deseamos que nos entreguéis nuestras pertenencias que han quedado abajo.

—Vuestras palabras son órdenes para mis hombres. Que tengáis un buen descanso, al amanecer comenzarán los festejos en vuestro honor.

Karl v Nacha se despidieron de ellos.

Los sabios no salían de su asombro mirando su gong perforado y abollado al final de las escalinatas de palacio.

CAPITULO VII

El dormitorio que les había sido destinado era rico en cortinajes y almohadones. Tenía una pequeña estancia contigua donde una pequeña piscina a ras de tierra dejaba escapar olor a flores y a diversas plantas aromáticas.

—Creo que no estaremos mal aquí —opinó Nacha—, aunque esto me suena a feudalismo v opresión del pueblo.

—Ya salió el espíritu de la soviet.

—Tú mismo podrás comprobar que hace falta un millón de años para que haya igualdad entre los hombres.

—La igualdad siempre es relativa, Nacha.

—En Rusia, no.

— ¿Ah, no? ¿Y por qué hay billetes de ferrocarril de primera y segunda clase, por qué hay quien viaje en automóvil mientras los demás utilizan el colectivo underground?

Ella carraspeó. Volviendo su mirada hacia los almohadones, preguntó:

— ¿Dónde dormiremos?

—Teniendo en cuenta que pueden entrar aquí y sorprendernos en nuestro sueño, tendremos que dormir bien juntitos y apretaditos.

— ¿Cómo?

A la exclamación de Nacha se unió un enrojecimiento de sus mejillas.

—No olvides que nos consideran marido y mujer.

—Me parece que tú has tenido un especial interés en que se lo crean.

Karl Sheridan sonrió.

— ¿Preferirías que Gorko te tomara por su cuenta?

Nacha no respondió y se dispuso a colocar los almohadones en forma que pudieran dormir. Mientras lo hacía, cambió de conversación.

—Para ser unos extraterrestres que vinieron a dominar a los hombres de la Tierra, no saben muchas cosas, ¿no te parece?

—Opino que saben muchas cosas que prefieren no trasciendan fuera de este palacio.

— ¿Cosas que pueden perjudicarnos?

—Lo ignoro. También creo que muchas cosas, a través de las generaciones que llevan viviendo en el planeta Tierra, se han perdido.

— ¿No los crees capaces de conservar su ciencia, su saber?

—Sí, pero imagina que su nave hubiera caído al océano o hubiera sido arrebatada de tierra por un oleaje tempestuoso. Quizá dentro de

esa nave tenían ellos su ciencia y sólo les quedó lo que se hallaba en sus mentes. Tuvieron que salir adelante en un ambiente primitivo y fueron perdiendo hasta llegar a lo que son ahora.

Se abrió la puerta de su estancia y ambos miraron hacia el umbral de la misma.

Allí estaba Aneka, la hija del rey. A derecha e izquierda de ella, un paso ligeramente hacia atrás, dos de las jóvenes mestizas luciendo un cabello largo y azabache sobre sus desnudas espaldas, ya que al igual que la hija del rey y aparte de algunas joyas, sólo portaban pantalones de seda y sandalias.

Karl vio detrás de las mujeres a los soldados de la guardia que les daban escolta.

Aneka se adelantó hasta situarse frente a Karl e hizo una profunda reverencia en medio de una amplia sonrisa. Las dos mestizas se arrodillaron y postraron sus cabezas hasta tocar el suelo con la frente en señal de respeto al poderoso varón extranjero.

Ante aquellas demostraciones, Nacha se quedó mirando a Karl entre divertida e interrogante. Karl carraspeó antes de hablar.

— ¿A qué debemos vuestra visita?

Aneka, incorporada ya pero teniendo a las dos mestizas de rodillas, dijo:

—Varón extranjero, poderoso y protegido de los dioses, Aneka ha puesto sus ojos en ti.

— ¿Y quién es Aneka?

—Aneka es la hija del rey Akavel, la hermana de Gorko.

Nacha se adelantó diciendo: —O sea, que Aneka eres tú.

Karl puso cara de circunstancias mientras era observado por Nacha con el rabillo del ojo.

—Bien, Aneka, me congratula que simpaticemos.

—Le pediré al rey mi padre que nos case en breve plazo, cuanto antes.

— ¿Cómo?

Esta vez, Nacha palideció. Karl no era nada oficial para ella, mas aunque no quisiera reconocerlo se había enamorado de él y la proposición de aquella hembra de Dios sabía qué procedencia, le disgustaba.

—Bueno, creo que eso no es posible.

— ¿Por qué no? —preguntó Aneka.

Karl miró a Nacha y agregó:

—Es que ella ya es mi mujer.

Aneka no dejó de sonreír. Sin mirar a Nacha como una enemiga replicó:

—En el pueblo astromita todo hombre tiene derecho a dos mujeres. Tú ya tienes a la extranjera y la otra deseo ser yo.

Karl trató de contemporizar.

—Eres muy hermosa, Aneka, y sería un gran honor para mí desposarme con la hija de tan sabio rey, pero es que resulta que entre mi pueblo los hombres sólo tienen derecho a una mujer.

—Tu pueblo no sabe lo que se hace. Además, ahora vas a vivir entre nosotros v tendrás que adaptarte a las leyes de los astromitas. Podrás tener dos mujeres y las dos esclavas que me acompañan serán tus concubinas. Ahora, no molesto más vuestro descanso. Al amanecer hablaré con el rey mi padre.

Antes de que Karl pudiera replicar, Aneka volvió a inclinarse respetuosamente ante él y se retiró con las dos esclavas que se le ofrecían como concubinas,

Al quedarse solos, Nacha objetó:

—Parece que tienes un éxito fabuloso entre las hembras de este país, Karl. No se puede negar que son delicadas al ofrecérsete.

—No seas sarcástica, Nacha. Lo que yo creo es que no hacemos más que salir de un problema para caer en otro.

—Sí, y me parece que será difícil que te libres de casarte con Aneka.

—Al diablo con Aneka. Me gustas tú y no ella.

Ante la reacción súbita del hombre, Nacha no pudo escapar a sus manos y se vio abrazada violentamente.

— ¡Eh, eh, no seas tan impulsivo!

—Estoy harto de problemas. Sólo quiero estar contigo.

—Pero, Karl, somos compañeros de expedición. El reglamento mundial dice que...

No pudo proseguir. Su boca fue sellada por la del hombre y a su espalda resultaron muy mullidos los almohadones que les habían ofrecido en aquel extraño e ignorado pueblo que se auto llamaba astromitas.

*

El coronel Divalié dejó el comunicador conectado por si era requerido por Sheridan o la rusa Nacha y bajó al departamento donde se hallaban las literas.

Estaba cansado y necesitaba un sueño reparador tras haber estudiado minuciosamente todas las posibles averías de la nave.

Parecía absurdo, pero todo a bordo funcionaba perfectamente. Había podido establecer su posición en mitad del océano, aunque estuvieran en un páramo y rodeados de grupos rocosos sedientos de humedad.

Había constatado que el satélite más lejano era la Luna, ya que su volumen y densidad correspondían exactamente y a través del tiempo

no parecían haberse modificado.

También había estudiado aquel satélite que se hallaba a punto de precipitarse sobre la Tierra, aunque la computadora carecía de los datos suficientes para determinar el momento exacto de la caída y el lugar del choque. Tenía la altura, pero no el periplo de su órbita

El combustible de la primera fase del cohete se hallaba a su cincuenta por ciento de desgaste, lo que indicaba que en su primer despegue no habían llegado a la estratosfera y tenían la posibilidad de poner el cohete nuevamente en marcha, pero ¿adónde se dirigirían? Si la Tierra resultaba un planeta nuevo y desconocido para ellos, ¿qué sería la Luna, qué sobrevivencia hallarían donde teóricamente tenían que haber hecho una escala técnica?

Divalié se habían recostado ya en la litera, los párpados se le pegaban de sueño. Las dos últimas noches pese a lo que había dicho la Prensa mundial sobre su tranquilidad, sobre la casi indiferencia de los preparadísimos astronautas, no había podido dormir, no en vano aquél era su primer vuelo.

Había dejado la puerta de la nave abierta para que entrara la brisa nocturna, si es que a aquel ciclo podía llamarse noche dada la luz que reflejaba aquel extraño y amenazador satélite natural que terminaría por fundirse con la Tierra no sin producir muerte y cataclismos en la desafortunada unión.

Cuando el sueño le invadió, las primeras pesadillas acudieron a su mente. Pudo ver a Karl y a la joven aguardando en una mazmorra el instante de ser sacrificados a los dioses paganos de aquel ignorado pueblo que la historia del hombre habría de olvidar. Un sacrificio cruento, maléfico, para terminar devorados por aquellos comedores de carne.

Las primeras horas transcurrieron y escuchó extraños ruidos que en principio no supo si pertenecían a sus pesadillas o a la realidad.

La nave «Galaxia 13», a la par que pesada, era alta, enormemente alta, cilíndrica en su mayor parte y terminando en cono en su cúspide. No había ser humano, a menos que poseyera un helicóptero, que pudiera subir hasta la puerta de la nave que se hallaba en su parte alta, ya que dos fases del cohete habrían de desprenderse para ser recuperadas en la tierra si todo hubiera salido según los planes y los tres expedicionarios del espacio no estuvieran viviendo la extraña aventura.

Abrió súbitamente los ojos. Se los frotó y pese a ello siguió escuchando ruidos. Preocupado, se incorporó en su litera. No era hombre que tuviera miedo, los nervios propios de la excitación de la aventura eran algo distinto.

Se lamentó de no tener un arma en su poder. ¿Por qué el hombre no se había fabricado armas para explorar otros mundos, aunque

éstos pertenecieran al pasado?

En este aspecto, los tres se hallaban indefensos. Teóricamente no tenían que abandonar la nave en ningún momento a excepción de la escala técnica en la Luna donde la nave sería abandonada para pasar unas horas de descanso en la base lunar que poseía la Agencia Mundial del Espacio.

Ascendió los peldaños de la escalera de caracol, los cuales, gracias a un mecanismo, podían plegarse sobre sí mismos en el caso de no considerarse útiles.

Al asomar la cabeza en la cabina quedó petrificado.

En el centro de la estancia se hallaba una mantis religiosa. No abultaría ni pesaría más que él, pero Divalié no era un estúpido y sabía muy bien que a igualdad de tamaño, un insecto podía tener una fuerza como mínimo diez veces superior al hombre, además de poseer tres pares de patas y unas poderosas mandíbulas que podían resultarle letales.

Divalié retrocedió, pero el insecto ya le había descubierto y comenzó a caminar amenazador hacia el hueco que daba paso a la escalera.

Divalié se dijo que aquel monstruoso insecto lo mismo podía estar buscando comida en el hostil páramo en que se hallaban, que un lugar idóneo para anidar.

Sea cual fuere su interés, Divalié comprendió que corría peligro de muerte inminente.

En la cabina se sentía acorralado. No había puerta allí por la que escapar ni armas con que defenderse.

Miró hacia el pequeño cuarto de aseo. Una probabilidad de sobrevivir la tenía encerrándose allí, pero ¿hasta cuándo?

Desechó aquella precaria solución y optó por coger un extintor de incendios de nieve carbónica. Sin dudarlo un instante, se acercó a la voraz bestia disparándoselo en plena cabeza, ojos y boca.

Al recibir la nieve carbónica a alta presión sobre su cara, la bestia retrocedió, pero Divalié trepó por la escalera siguiéndola hasta lo alto, obligándola a retroceder hacia la puerta viendo cómo el rostro del insecto gigante se había tornado blanco por la nieve carbónica adherida en él.

La mantis religiosa se lanzó al vacío, desplegó sus alas, pero su cabeza no funcionó adecuadamente y perdiendo altura terminó por estrellarse a un par de cientos de yardas de la base de la nave.

Divalié, con el extintor de incendios en la mano, suspiró aliviado.

—Dios mío, qué extraño mundo éste. Si ciertamente nos hallamos en la prehistoria, el hombre tuvo que ser muy fuerte e inteligente para sobrevivir ante los enemigos que tenía.

Cerró la puerta de la nave para no volver a ser sorprendido

desagradablemente como lo fuera minutos antes. Si la bestia lo hubiera hallado durmiendo, ya nadie habría podido responder a las llamadas de Karl y Nacha, y éstos habrían perdido toda posibilidad de regreso a la nave, viéndose obligados a convivir por el resto de sus días con aquellos pueblos extraños y primitivos.

CAPITULO VIII

El rey Akavel en persona, seguido por sus sabios y sumos sacerdotes y escoltado por la guardia palaciega, hombres armados primitivamente pero hasta los dientes, por lo cual Karl supuso que no se fiaban demasiado de las posibles reacciones del pueblo sometido, les mostró las principales dependencias de palacio, absteniéndose de enseñarles los subterráneos con sus mazmorras.

—Y éste es el templo para honrar e implorar la protección de nuestros dioses y antepasados.

Nacha y Karl vieron una especie de altar en el que debían celebrarse los oficios paganos. En la pared frontal había una gran estrella de mármol y dentro de ella, en oro, había unas pequeñas circunferencias.

— ¿Son los planetas del sistema solar? —preguntó Karl.

—En efecto. Sólo un elegido como vosotros lo sois podía descubrirlo. Nadie del pueblo que rodea este palacio conoce estos símbolos, ellos no poseen el don de la sabiduría como nosotros.

Nacha replicó sarcástica:

—Pero poseen el don de la fuerza para el trabajo. El rey sonrió, seguro de sí.

—Ellos son el trabajo y nosotros el talento. Sólo hace falta mirarnos en el agua clara o en el bruñido metal para que nos demos cuenta de que la mente siempre está por encima del resto del cuerpo.

Nacha deseó replicar a la acertada metáfora, pero Karl la contuvo con un gesto.

—El templo me parece un poco pequeño para todo un pueblo —observó.

—El pueblo respeta y adora a los dioses a través de nuestras personas y lo nace en la explanada cuando los sacrificios. Aquí sólo podemos entrar los elegidos, los que hemos de sobrevivir suceda lo que suceda.

— ¿Se refiere a la Luna que está a punto de precipitarse sobre la Tierra?

— ¿También estáis enterados de tal circunstancia, del peligro que el pequeño astro representa para la Tierra?

—Estamos enterados de todo, ¿verdad, Karl? —contestó Nacha.

—Bueno, incluso de que las aguas no están muy lejanas.

—Es cierto. A seis días de viaje a pie o a cuatro en elefante o mamut están las hostiles aguas que jamás se hallan quietas, las aguas que devoran a quienes se aproximan o ellas.

—Las aguas son agresivas por la cercanía del pequeño astro —

aclaró Karl.

—Nuestros antepasados nos advirtieron del peligro del pequeño astro.

— ¿Ese es el motivo por el que están construyendo esa gran nave de cobre?

El rey Akavel no pudo por menos que observar admirativo a Nacha.

—Sí, la nave debe estar terminada en un plazo inmediato. Dos generaciones llevan construyéndola minuciosamente para poder sobrevivir, ya que la caída del pequeño astro se espera para fecha próxima y debemos estar prevenidos. Ya que estáis enterados de todo y sois lo suficientemente sabios para comprender nuestros proyectos, visitaremos la nave también.

—Será un placer verla. Para nosotros, el tema de la sobrevivencia es interesantísimo.

Karl se calló que procedieran del futuro, un futuro que el pueblo astromita ignoraba totalmente.

Nacha y Karl no sabían lo que les pasaría a ellos, pero de lo que sí podían estar seguros era que aquel pueblo no sobreviviría al paso del tiempo. La causa del exterminio sería la caída del satélite natural, una epidemia o ser muertos por los múltiples enemigos que los acechaban.

Abandonaron el palacio y siempre escoltados por la guardia caminaron bajo un tórrido sol hacia la gran nave en forma de platíbolo.

Vista de cerca, aquella extraña nave era mucho más grande de lo que en principio les había parecido a Nacha y Karl.

— ¿Esperan que lleguen las tumultuosas aguas del océano hasta aquí? —preguntó Karl.

—Sí. Cuando el agua rebase las columnas sobre las cuales está construida la gran nave que proyectaron nuestros antepasados, ésta flotará sobre las aguas y resistirá los embates de las olas y los vientos.

— ¿Esperarán dentro de la nave a que las aguas bajen de nivel?

—O hasta que las corrientes marinas nos hagan arribar a otras tierras.

Nacha susurró cerca de Karl:

—Estos han construido su particular Arca de Noé.

—Sí, y me temo que no están inspirados por Dios. Esa gente no me agrada, cariño.

El rey, absorto en sus explicaciones, continuó hablando sobre su gran platíbolo que debía flotar en el océano.

—En realidad, la nave ya está totalmente terminada. Sólo se hace que renovar los alimentos en su interior y la gente y los esclavos que sobrevivirán con nosotros.

La nave tenía una compuerta en uno de sus lados a la cual se

ascendía por una rampa de gruesos maderos, capaces de resistir varias toneladas de peso. También poseía otra compuerta en el cono que había en el centro del platíbolo y que debería ser algo así como el puente de mando.

Los esclavos dejaron de trabajar y la comitiva real, con sus huéspedes de honor, subió por la rampa introduciéndose en la nave débilmente iluminada en su interior, ya que a excepción del cono del centro, carecía totalmente de ventanas.

—Observo que las paredes de la nave son muy gruesas.

Las palabras de Karl parecieron satisfacer al monarca.

—Hay la plancha de cobre exterior que preserva las tres paredes interiores de gruesa madera, caoba, roble y haya. Esta nave es indestructible.

— ¿Y van a guardar aquí dentro un par de animales de cada especie?

La pregunta de Nacha hizo sonreír al rey y a sus sabios.

—No, aquí sólo iremos nosotros, los descendientes directos de quienes vinieron de las estrellas.

— ¿Sólo ustedes van a salvarse?

El rey respondió a Karl:

—No, también tienen cabida nuestras concubinas, que darán fruto luego en forma de hijos que atenderán nuestras directas necesidades.

— ¿Y el resto del pueblo? —preguntó Nacha.

Mientras se internaban en la nave, consistente en complicados corredores en los que se abrían puertas a derecha e izquierda, el rey explicó:

—También nos acompañarán cien soldados que habrán de protegernos.

— ¿Y cuando se mueran esos soldados? —inquirió Karl.

El rey tornó a sonreír suficiente.

—También viajarán cien hembras de amplias caderas y opulentos senos que serán sus esposas y les darán de cinco a diez hijos a cada una. Como verán, la sobrevivencia de esa especie está asegurada.

—Pero, ¿y el pueblo? —insistió Nacha.

—Trescientos adolescentes de cada sexo viajarán bajo el suelo que estamos pisando, en el fondo de la nave.

— ¿Adolescentes?

El interrogante de Karl fue aclarado de inmediato por uno de los sumos sacerdotes que explicó en lugar de su rey, ya que éste se había enfrentado con una escalera que ascendía al piso superior de la nave que se dividía en tres plantas:

—De esos seiscientos adolescentes, quizá sobrevivan sesenta.

— ¿Los demás morirán? —inquirió Nacha, preocupada.

—No habrán animales que cazar. Sólo se cargarán en la nave

vegetales, trigo, cereales para que ellos sobrevivan. Sólo los elegidos podemos comer carne y como no habrá más animales, ellos irán siendo sacrificados a los dioses hasta el día que la estancia en la nave concluya. Luego, ellos volverán a reproducirse.

—A reproducirse como los conejos, son unos...

Karl contuvo a Nacha tapándole la boca disimuladamente aprovechando la escasa luz reinante.

—No hables de más, Nacha. Me indigna esto tanto como a ti y si está en nuestras manos salvar a esa gente lo haremos, pero si los enfureces puede ser que nosotros también pasemos a formar parte de esos esclavos que han de convertirse en proteínas para esos caníbales que se llaman a sí mismo los elegidos. Por desgracia, son los que dominan la situación.

—Si tuviera un arma, los barrería a todos.

—Sería la revolución soviet del pueblo astromita. Creo, cariño, que esta situación no vamos a solucionarla nosotros. Somos parte del futuro y lo que ocurrió en el pasado no podemos variarlo. No sigamos hablando, pueden sospechar.

Subieron al piso alto. Allí todo era más lujoso, más rico. Sólo mujeres jóvenes y escogidas cuidaban aquella zona, de su limpieza, de los más pequeños detalles.

La nave sólo tenía lugares de observación, a simple vista podía apreciarse que carecía de mando. Sólo tenía lugares de observación en su parte más alta. Allí sí entraba la luz natural, a través de las ventanas del cono.

—Con esta nave, ideada por nuestros antepasados, sobreviviremos al ataque del pequeño astro. En realidad, las murallas son como un dique que frenará el primer empuje de las aguas. El recinto interior donde ahora vive el pueblo astromita se llenará lentamente de agua y esta nave salvadora no sufrirá al despegarse de las columnas sobre las que se asienta.

—Sólo aspiran a la sobrevivencia, ¿verdad? —preguntó Nacha con cierto desprecio, lo que no gustó a aquellos seres.

—Es la ley máxima de todas las especies, la sobrevivencia. Morir es desaparecer. Nosotros, los elegidos, no podemos desaparecer.

En aquel instante, la llamada de un cuerno puso a todos en estado de alerta. Luego, sonaron otros cuernos dando la alarma general en todo el vasto recinto amurallado.

—Algo malo ocurre.

Abrieron la puerta superior de la nave y salieron todos al exterior caminando sobre la pulida superficie de cobre claveteada al armazón de madera con verdadera artesanía.

El suceso ocurría en la muralla, frente al lugar donde vivía la mayor parte de la población.

Un gigantesco reptil antediluviano asomaba su enorme cabeza guarnecida de poderosas mandíbulas repletas de dientes, cada uno de ellos con el peso de un ser humano.

Asomaban también sus manos cortas mientras su larga y gruesa cola, a modo de látigo, golpeaba la muralla tratando de derribarla, ya que el monstruo se veía incapaz de pasar por encima de ella, habida cuenta de su gran peso.

El rey Akavel no tuvo que dar órdenes. Los soldados conocían su obligación y corrían con escaleras subiendo a lo alto del muro para luchar contra el monstruo que los barría como si fueran débiles plantas. Los que eran atrapados desaparecían entre las mandíbulas del gran reptil.

Las primeras piedras de lo alto de la muralla comenzaron a caer, aplastando a los astromitas que se hallaban abajo.

El monstruo seguía implacable, golpeando la muralla con la esperanza de derribarla. Los soldados disparaban sus flechas y lanzas contra el enorme monstruo, cuyo solo aliento abatía a los aguerridos astromitas.

Los lanzazos no hicieron más que irritar a la fiera que aplastó a docenas de soldados con más rabia todavía.

—Estos son nuestros grandes enemigos —comentó el rey Akavel, cargado de odio contra el enorme reptil. Intervinieron flechas incendiarias que enfurecieron más si cabe al monstruo sin que se alejara. Todo el interés de los soldados se centraba en acertar con una de las flechas encendidas al ojo de la fiera, pero resultaba difícil, ya que el monstruo barría totalmente y engullía a cuantos se acercaban temerariamente con coraza inclusive.

Todos se hallaban preocupados. Esperaban que los soldados consiguieran ahuyentar al monstruo, ya que matarlo iba a ser imposible, antes de que éste destruyera la muralla y se internara en el pueblo astromita, arrasándolo todo bajo sus cientos de toneladas de carne y hueso.

Karl creyó oportuno intervenir en aquella situación. Apartándose para no ser oído por nadie, aunque esto era difícil, ya que todos estaban absortos en la gran batalla que tenía lugar entre el monstruo y los soldados, llamó:

—Divalié, atención, Divalié, es urgente.

Hubo de esperar unos segundos que se le hicieron interminables. Al fin, el coronel respondió:

—Divalié a la escucha. ¿Ocurre algo malo?

—Sí, Divalié. Aguce su telescopio en nuestra dirección.

— ¿Qué es lo que tengo que ver?

—Un gran reptil cuya cabeza y manos rebasan la muralla de este pueblo y está cometiendo una verdadera masacre. En pocos minutos,

todos temen que consiga derribar la muralla y penetrar en el pueblo, aniquilándolo.

—Comprendo y no me extraña. Esta tierra está plagada de monstruos gigantes y es comprensible por la compensación de la gravedad de ese satélite natural tan próximo a la Tierra en su órbita.

Divalié se sumió en el silencio. Al poco, volvió a hablar.

—Ya he localizado la cabeza. No puedo ver más por el desnivel del terreno y tengo que admitir que el bicho es de cuidado. Están en verdadero peligro.

—Monte el cañón «Láser». Cuando lo tenga preparado, adviértamelo y yo le diré el instante en que debe disparar.

Divalié cortó y Karl se acercó a Nacha también absorta en aquella horrible masacre que no parecía terminar.

Varias flechas incendiarias se habían clavado en la piel del monstruo, pero no eran lugares vitales y el monstruo seguía matando.

— ¡Sheridan, preparado! —escuchó Karl.

Adelantándose hacia el rey, dijo:

—Nosotros terminaremos con vuestro gran enemigo.

— ¿Podéis hacerlo? —inquirió Akavel, cuando precisamente su hijo Gorko acababa de aparecer sobre el platíbolo.

—Sí, tenemos ese poder.

—Nuestro pueblo os lo agradecerá eternamente, extranjeros, y si lo necesitáis tendréis un lugar de honor en esta nave de sobrevivencia.

—Padre, ellos no son elegidos —puntualizó Gorko, irritado.

Karl lo miró despreciativo y luego dijo en voz bien alta para que pudiera ser oída claramente por Divalié:

— ¡Rayo!

El cañón del «Láser» fue disparado desde la nave interplanetaria y el poderoso chorro cruzó el espacio a su propia velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. El gran monstruo fue alcanzado de lleno en la cabeza.

La fiera rugió como no lo hiciera antes. Se irguió, pero perforada en su cabeza de parte a parte, se derrumbó tras la muralla mientras daba coletazos sobre la tierra aplastada por sus propias patas.

El asombro del pueblo astromita fue grande. El rey y sus sacerdotes inclinaron sus cabezas ante Nacha y Karl.

—Nos habéis salvado, estamos en deuda con vosotros.

—No importa deuda alguna, sólo deseábamos que no muriera más gente a manos de esa fiera.

—Extranjero, mi hija Aneka me ha hablado de ti, de su deseo que yo no sólo apruebo, sino que suplico se haga realidad.

—No puedo pensar ahora en bodas, pero sí os voy a pedir algo.

—Lo que digas será cumplido.

—De momento precisamos de un medio de transporte, es decir, de algún animal que pueda llevarnos en un viaje que deseamos realizar.

—Dos mamuts reales serán preparados para vosotros con escolta de soldados, pero si no es indiscreción, ¿hacia dónde queréis viajar?

—Os lo comunicaremos al regreso. Queremos explorar una vasta zona de esta tierra.

—Vuestros deseos serán satisfechos.

Mientras el rey Akavel se esforzaba en complacer a Nacha y Karl, su hijo Gorko tenía la mirada fija en otra parte.

Había captado el lugar de donde brotara aquel rayo de luz que tanto poder parecía tener y averiguaría por sí mismo el misterio que encerraba.

Si se hacía con el dominio del rayo, gobernaría al pueblo astromita y arrancaría a su padre del trono para ocuparlo él inmediatamente.

CAPITULO IX

Gorko tenía el ceño fruncido y las pupilas achicadas

— ¡Katonek!

A su llamada acudió el capitán de la guardia palaciega, un sujeto alto y fornido, siempre armado con espada, puñal y lanza y protegido por la coraza. En su casco, más alto y adorado con plumas, podía observarse su graduación superior a la de los hombres que mandaba.

Katonek era astuto y sabía que Gorko acabaría por hacer saltar a su padre del trono de oro para ocuparlo él. Si ya de principio, pero con sumo cuidado se colocaba del lado de Gorko, podía terminar siendo el general en jefe de todos los soldados astromitas, su gran ambición.

—Aquí estoy, Gorko. ¿Ocurre algo?

—Quiero salir.

— ¿De las murallas?

—Sí.

—Hoy es un día de júbilo para tu padre el rey, pero de luto para los soldados. Han muerto más de doscientos con la llegada del monstruo.

—Mientras los domesticados mamuts se encargan de retirar el cadáver del monstruo lejos de las murallas para que éstas no se llenen de alimañas, ansiosas de alimentarse de esa bestia muerta o simplemente traten de saltarlas utilizando como terraplén el cuerpo del monstruo, nosotros saldremos de exploración durante unas horas.

— ¿Puedo saber adónde?

—Ni yo mismo lo sé todavía.

— ¿Vamos a buscar algo en especial?

—Sí. Una fuente de poder.

Katonek sonrió ligeramente. Después preguntó:

— ¿Buscas el rayo que ha matado al monstruo?

—Sí.

—Puede que su origen esté entre las nubes.

—No lo creo. Esos extranjeros carecen de alas, no pueden volar como los pájaros. En alguna parte deben de tener amigos o la nave en la que han arribado. Todavía no sé lo que debemos buscar, pero lo encontraremos.

— ¿Lo sabe el rey?

Esta vez quien sonrió suficiente mirando al capitán de la guardia palaciega fue Gorko.

—No es necesario que mi padre sepa nada. ¿No crees que sería muy interesante apoderarnos o por lo menos destruir esa fuente de

poder de donde el rayo emana?

—En ese caso, el poder de los extranjeros habría desaparecido.

—Y podrían ser sacrificados en gran banquete.

— ¿La mujer de los cabellos de oro también?

—Bueno, ella pasaría a ser mi concubina favorita v tú ganarías mucho a mi lado.

El capitán aspiró hondo, hinchando su tórax bajo la labrada armadura de cobre.

— ¿Cuántos hombres precisas?

—Con una veintena, por si surgen contratiempos, será suficiente. Es para que no seamos atacados por los bárbaros o por alguna fiera.

— ¿Para cuándo quieres esos hombres?

—Para ahora mismo. Cuanto antes terminemos este asunto, mejor. Esos extranjeros están embaucando a mi padre y se están apoderando de él. Terminarán por exigirle que aplaste su frente bajo sus pies.

—Bien, Gorko, nadie notará nuestra ausencia. Hoy el pueblo está muy preocupado con los muertos, la reparación de la muralla y el arrastre del cadáver del monstruo. En media hora estarán los hombres dispuestos en la puerta oeste.

—Allá os quiero ver y ni una palabra a nadie. Quien se vaya de la lengua será hombre muerto.

—No temas, Gorko. Sé escoger a los hombres que me sirven.

—Así lo espero. Ahora, rápido, ve a buscarlos.

Gorko regresó a su dormitorio y salió de él vistiendo una coraza que disimuló echándose una túnica por encima. Puso espada y puñal en su cinto.

Se disponía a marchar cuando se tropezó con Aneka su hermana.

—Hola, Gorko, te veo muy preocupado.

—Tengo prisa, hermana.

—No me digas que vas a ayudar para reconstruir la muralla.

—Tengo algo muy importante que hacer.

— ¿Como qué, Gorko?

—Destruir el poder de esos extranjeros.

— ¿Destruir a los extranjeros? Pobre Gorko, si ellos son inmortales.

—No son inmortales, tienen sangre como cualquiera y si hundiera mi espada en sus pechos les arrancaría la vida.

—Tú no harás tal cosa, Gorko.

— ¿Por qué no?

—Porque los dioses les protegen y volverían su ira sobre nuestro pueblo clamando venganza.

—Eso de que los dioses los protegen, me encargaré de averiguarlo.

Se alejaba ya cuando Aneka le interpeló seca:

— ¡Gorko!

— ¿Qué te sucede ahora?

—Tú no matarás al extranjero, porque yo seré su esposa.

—Me asombras, Aneka. Creí que una elegida jamás se desposaba con un bárbaro.

—Ellos no son bárbaros y el rey nuestro padre ha aprobado ya la boda. Cuando terminen estos cinco días de festejos comenzarán los preparativos de nuestra boda.

— ¿Esperas gobernar junto a él y la mujer de los cabellos de oro al pueblo astromita?

— ¿Y por qué no? Ese extranjero parece más fuerte y capacitado que tú. Además, goza de la protección de los dioses.

Como si hubiera recibido un par de humillantes bofetadas, Gorko se volvió dando la espalda a Aneka. Al alejarse, una ligera espuma había asomado entre sus dientes.

En la puerta del oeste de la muralla aguardaba ya el capitán de la guardia con sus hombres.

—Marchemos —ordenó agrio.

La gran losa granítica que cerraba la puerta fue izada por los bueyes que accionaban la rueda. Poco después, ya los soldados con Gorko al frente fuera de la muralla, la puerta tornó a cerrarse.

El capitán Katonek caminó junto a Gorko sin preguntar. Veía al heredero del trono muy furioso y no deseaba irritarle más con sus preguntas u observaciones.

Gorko se había orientado bien. Había visto de dónde partía el rayo del extranjero, capaz de matar a un monstruo y que podía haber aniquilado a todo el pueblo astromita.

Pronto, la vegetación quedó atrás y sus sandalias pisaron la cálida arena del páramo.

El capitán estaba seguro de que habían sido observados por bárbaros ocultos entre los árboles, pero el grupo, por ser numeroso no fue atacado, como tampoco ninguna alimaña de gran tamaño se había enfrentado a ellos.

—Fíjate, Gorko.

— ¿En qué?

—Aquel grupo rocoso está totalmente desmoronado. Hace una semana pasé por esta zona y no era ésa su forma. Algo ha cambiado el paisaje.

—Pudo ser un gran reptil, quizá un movimiento sísmico. No importa, nosotros buscamos algo distinto.

Rodeaban el grupo rocoso, escondiéndose entre las derribadas peñas, cuando descubrieron algo lejana todavía, la nave espacial erguida e insultante a los ojos del heredero.

— ¡Ahí está!

— ¿Y qué es ello? Jamás he visto nada semejante —observó el

capitán.

—Dentro de esa nave, los extranjeros tienen amigos y ahí está su poder. No son los dioses quienes les protegen, sino los que están en el interior de esa extraña nave.

—Pero si de su interior sale el poderoso rayo que mata, nada podemos hacer contra ellos. Toda la nave en sí parece una coraza. Además, es lo más grande que yo haya visto jamás.

Agazapado tras una roca, sin dejar de observar la nave espacial, Gorko objetó:

—Lo más grande que tú hayas visto jamás también puede destruirse, aniquilarse.

— ¿Cómo? Es absurdo que con nuestras flechas, espadas o lanzas tratáramos de atacar. Nada conseguiríamos. Es como una poderosa torre e ignoramos de qué material está construida.

—Es posible que sea como tú dices, Katonek, pero hay otro medio.

— ¿Cuál?

—Derribar la nave, hacerle perder su verticalidad y en la caída se hará mil pedazos, pereciendo quienes se esconden en su interior. Nosotros nos encargaremos de eliminar a los que intentaran escapar.

—Derribar esa gran torre no es tarea fácil, Gorko.

—Es posible que no sea fácil, pero hay que utilizar el talento y la fuerza de las grandes bestias.

— ¿Mamuts?

—Sí. No lejos de las murallas pasta una poderosa manada de mamuts y precisamente el mamut macho, jefe de la mañana, obedece nuestras órdenes.

—Sí, podría hacerse llegar la manada hasta aquí y entre todos los mamuts embestir la nave hasta derribarla. Luego, los propios paquidermos se encargarían de aplastarlo todo con sus enormes patas.

—Es un buen plan. Tú mantendrías a tus hombres al acecho para que cuando los mamuts terminaran su trabajo concluyeran la obra exterminándolo todo. Cuando los extranjeros que se hallan en la ciudad quieran darse cuenta de lo que ocurre, ya carecerán de poder y yo mismo me encargaré de sacrificarlo a él y llevármela a ella.

—Pero, ¿quién dirigirá al mamut macho, jefe de la manada?

—Yo mismo, en compañía del domador de los mamuts. Ambos iremos sobre la bestia, dirigiéndola hacia esa nave. Tenemos que machacarla, destruirla totalmente.

— ¿Cuándo?

—Esta misma noche. Nadie debe saber nada hasta que todo termine. Aneka y mi padre tampoco.

— ¿Aneka?

—Sí, ella está de parte del extranjero.

—Quiero decirte algo, Gorko.

— ¿El qué?

—Si destruimos esa nave, si aniquilamos a los extranjeros, yo te ayudaré a quitarle el trono a tu padre para dártelo a ti y someteremos a los sacerdotes que protesten.

—Si haces eso por mí, te nombraré general de todo el ejército y tendrás cuantos bienes y riquezas me pidas.

—Pienso pedirte algo más, Gorko

— ¿El qué?

—Aneka.

— ¿Mi hermana?

—Sí.

—Es una elegida.

—He oído decir que ella desea casarse con el extranjero y él tampoco es un elegido.

—Comprendo. Si puede unirse al extranjero, también puede desposarse contigo.

— ¿De acuerdo?

—Bien. Aneka será tu mujer, te lo prometo.

—Sabía que serías generoso con quienes te sirven, Gorko.

—No hablemos más y regresemos. Ahora ya sé lo que pretendía. Esta misma noche, en el tiempo que media entre el sol que muere y el pequeño astro que nace, atacaremos la nave con los mamuts hasta conseguir derribarla. Por ser tan alta y cilíndrica, es fácil que pierda su verticalidad. Además, el terreno arenoso ayudará a ello. Aprovecharemos ese tiempo en que todo es más oscuro para que no adviertan nuestra inmediata presencia.

— ¿Y si emplean su poderoso rayo?

—Cuando quieran emplearlo, será tarde. Los cogeremos por sorpresa y un centenar de mamuts, por mucho rayo que se posea, no son fáciles de exterminar. Yo iré a la cabeza de la manada y haré que el macho sea el primero en embestir la nave. Luego, serán los demás quienes empujen.

Su plan estaba trazado y Divalié seguía en lo alto de la nave, ignorante de lo que ocurría entre las rocas, ignorante de la pesada y arrasadora visita que recibiría en las primeras horas de la noche.

CAPITULO X

El coronel Divalié quedó más atónito que perplejo al observar los datos que acababa de suministrarle la computadora eléctrica de a bordo.

—No es posible...

El parte facilitado por la computadora sobre el pequeño astro en órbita alrededor de la Tierra era metódico y cuantitativo. La propia computadora había absorbido por sí misma los datos facilitados por los diversos instrumentos de observación y medición de la nave. Tras complicadas elaboraciones, que a un ser humano le habrían costado toda una vida de complicados cálculos matemáticos, daba ya la solución al problema.

Con la hoja facilitada por el cerebro electrónico, se sentó como si le faltaran fuerzas para sostener su propio cuerpo frente al panel de comunicación.

—Atención, atención, llama Divalié. Sheridan, responda.

Hubo de repetir la llamada un par de veces hasta obtener respuesta. La palidez de su rostro era acusada y no cesaba de leer aquel documento, ansioso de que hubiera algún error en los cálculos.

—Escucho, Divalié. ¿Qué ocurre?

—Algo muy grave, Sheridan.

— ¿Sobre qué?

—El pequeño astro que se halla en órbita a la Tierra, esa pequeña luna.

— ¿La computadora ha facilitado su informe?

—Sí.

— ¿Y cuándo ocurrirá la colisión?

—No ha dado fechas sino el tiempo que falta, es lo que yo programé como pregunta.

—Vamos, Divalié, suelte la noticia. Nacha está junto a mí, tan ansiosa como yo.

—La colisión ocurrirá dentro de cuatro horas veintisiete minutos. Es una trágica cuenta atrás.

— ¿No hay posibilidad de error?

—No. En este mundo de absurdos que vivimos, todo es posible, pero me inclino a creer que la computadora ha dado resultados exactos. Ese satélite no es ninguna broma ni ningún espejismo, dentro de pocas horas colisionará con la tierra, empotrándose en ella. Jamás se habrá conocido cataclismo telúrico igual en nuestro planeta. Puede que haya sobrevivientes, pero no en esta zona.

— ¿Dónde caerá, es decir, dónde hará impacto el satélite?

—El epicentro del choque será a dos mil millas de aquí, pero teniendo en cuenta el diámetro del astro, si alguien se salva, sólo serán los antípodas. Las aguas del océano subirán a una altura inimaginable. Nosotros mismos pereceremos a menos que...

— ¿Despeguemos?

—Nuestra única salvación está en el despegue hacia el espacio, ya que las entrañas de la Tierra se abrirán y despedirán parte de su núcleo fundente. Toda la geografía cambiará. La lava correrá por dentro del agua sin que ésta sea suficiente para apagarla y enfriarla. Se abrirán túneles de vapor de agua a su alrededor y a una presión que sólo hará que se sucedan los cataclismos en cadena durante un largo tiempo. Será algo horrible.

—Divalié, lo tenemos todo en cuenta. Sabemos bien lo que va a suceder y trataremos por todos los medios de regresar a la nave antes de que el choque interastral ocurra. Despegaremos y permaneceremos en órbita a prudente distancia durante todo el tiempo que haga falta, ya que llevamos víveres, agua y oxígeno para subsistir. Cuando la Tierra vuelva a su normalidad, descenderemos. Dios sabrá qué nuevo mundo va a aguardarnos.

—Sí, sólo nos resta confiar en Dios. Regresen pronto a la nave o no habrá salvación para nadie.

—No tema, Divalié, pronto nos veremos. Manténgase a la expectativa de nuestra llegada y facilítenos el ascenso a la puerta de la nave inmediatamente. No podemos perder tiempo. Corto.

Nacha Kavanova miró inquieta a Karl. Sus maravillosos ojos azules reflejaron angustia.

— ¿Qué vamos a hacer, Karl?

—Nosotros no podemos modificar la historia, Nacha, y mucho menos evitar esta colisión entre cuerpos celestes.

—Me refiero a los astromitas.

—Podemos salvarnos nosotros, pero no ellos; quedan muy pocas esperanzas. Si te he de decir la verdad, quizá ninguna.

—Pero les advertiremos del inminente cataclismo, ¿verdad?

—Si lo decimos, por muy preparados que estén, el pánico cundirá entre ellos. Será el caos. Quizá se maten mutuamente por conseguir entrar en la nave salvadora.

—Pero no podemos callar, condenándolos a una muerte segura.

—No es ésa mi intención, Nacha, pero ten en cuenta que sería inútil que habláramos al pueblo. Desconocemos su lengua, sólo podemos entendernos con los elegidos, gracias a su poderoso talento.

—Sin embargo, a alguien habrá que advertir de lo que va a suceder...

— ¿Quieres que avise al rey Akavel y que éste lleve a cabo su proyecto de la nave de supervivencia? Seiscientos jóvenes serán

embarcados para servir de alimento a los elegidos.

— ¡Qué horror!

—La situación es difícil, Nacha. Por otra parte, no sé cómo va a tomarlo el rey. A lo peor se opone a que nosotros salgamos de las murallas, y si nos lo impiden, no tenemos medio material para rebasarlas y correr hacia la nave en medio de los peligros que acechan en el exterior.

—Alguna determinación hemos de tomar.

—Sí, y opino que la más acertada es la de dirigirnos al rey y contarle lo que ocurre. Nosotros no podemos evitar ninguna clase de matanza, y ya que todos no van a poder salvarse, que lo hagan los que puedan en esa especie de Arca de Noé.

—Creo que estás en lo cierto, Karl. Vayamos a verle.

El rey estaba en la sala del trono conversando con sus sabios o congéneres étnicos. Hablaban sobre lo ocurrido hacía pocas horas con el monstruo abatido, y al ver a Nacha y a Karl con sus mochilas preparadas, se levantaron todos de sus asientos.

— ¿Os sucede algo? —preguntó Akavel.

—Debemos marchar ahora mismo, nuestros dioses nos reclaman —anunció Karl, enfático, a sabiendas de que a aquellos seres no podía decirles toda la verdad.

—Si os hemos ofendido o tratado mal, si no os hemos dado los honores que merecéis, decídmelo y rectificaremos nuestra conducta.

—No. Hemos recibido una llamada de los dioses para que vayamos a reunimos con ellos.

— ¿Regresaréis después?

—En cuanto podamos. Vuestra hospitalidad nos abruma y halaga. Es nuestro deseo volver, pero debemos acatar las órdenes de los dioses o nos retirarían su protección.

—Si ése es el motivo, nosotros no podemos oponernos ni excitar la ira de vuestros dioses cuando tanto bien nos han hecho abatiendo al monstruo que atacaba a nuestro pueblo.

—Nuestros dioses son generosos v desean ayudaros una vez más gracias a la hospitalidad que nos habéis proporcionado.

— ¿Y cuál es esa ayuda? —inquirió el rey, ante el interés de sus seis sabios o sumos sacerdotes.

—El pequeño astro va a precipitarse contra la Tierra.

—Eso ya es sabido de nuestro pueblo desde hace siglos —observó, un tanto decepcionado.

Karl, que sabía bien que no podía hablarles de hora a aquellos seres, explicó:

—Cuando la noche llegue, cuando el pequeño astro suba en el cielo y cruce por encima de tu pueblo, comenzará a caer.

Se alzaron inmediatos murmullos entre los presentes. El rey pidió

silencio.

—Es muy grave lo que decís.

—Sólo queremos haceros un favor notificándoos el suceso.

—Es grave porque poco tiempo queda. ¿Acaso vuestra marcha precipitada sea debida a este suceso?

—Así es. Los dioses quieren conservar nuestras vidas.

—Comprendo y os lo agradecemos. Ahora seréis conducidos hasta las murallas. Nadie más debe conocer la noticia: vosotros partiréis en seguida.

—Pretendes que el pueblo no se entere para que no se cree el caos, ¿verdad?

—El pueblo entero no puede sobrevivir. No pueden comprender ciertas cosas y es preferible que permanezcan ignorantes. La guardia os escoltará y no diréis nada ni haréis gesto alguno o mis soldados se verían obligados a pasaros por las armas, ya que de vuestro silencio depende nuestra supervivencia.

Nacha quiso protestar, pero Karl la contuvo. Nada podían hacer, era totalmente imposible salvarlos a todos. La propia historia quizá se encargaría de que nadie se salvara del cataclismo, ni siquiera ellos mismos.

—Será mejor que nos vayamos.

La escolta de soldados fue preparada y abandonaron el palacio en medio de la muchedumbre, que los observaba curiosa. El pueblo entero los acompañó hasta la puerta de la muralla.

La losa granítica se alzó frente a ellos cuando llegó corriendo Aneka.

La gente, con respeto y temor, ya que la guardia estaba cerca, se abrió para dejarle paso.

— ¡Extranjero, sé que te marchas!

—Aneka, no es posible evitarlo —volvió a decir, enfático, ya que era la única forma de hacerse comprender por aquella gente—. Los dioses nos reclaman.

—Llévame contigo. Seré tu fiel esposa adonde vayas.

Nacha miró a Karl, preocupada. En la nave espacial sólo había lugar para tres.

—No es posible por ahora, Aneka, pero intentaré regresar para agradecer a tu padre todas sus atenciones y desposarme contigo — dijo, para dejarla más contenta.

—Que tus palabras sean ciertas, extranjero.

—Lo serán, pero tú podrías hacerme un favor, es decir, un favor a tu pueblo antes de que pasemos al otro lado de las murallas.

— ¿Cuál favor?

Karl sabía que los soldados nada entendían, y que si les habían permitido hablar sin pasarles por las armas, tal como amenazara el

rey, era porque les estaba interrogando la propia hija de Akavel. Quiso aprovechar la situación para dar una oportunidad a todo aquel pueblo oprimido por los extraterrestres.

—Dirígete a tu pueblo, grita en voz alta.

— ¿Qué he de gritar?

—La profecía de nuestros dioses.

— ¿Y cuál es la profecía de tus dioses?

—Esta noche, esta misma noche... Tú ve traduciendo en la lengua de los astromitas.

—Como órdenes, extranjero.

Tradujo sus palabras en voz alta, haciéndose un profundo silencio en derredor:

—Caerá el pequeño astro sobre la Tierra y se producirán horrendos cataclismos. Las montañas se hundirán, la ciudad desaparecerá y el océano llegará hasta aquí. Sólo podrá salvarse la nave de supervivencia, el gran platíbolo de cobre y madera. Esta es la profecía de los dioses.

Cuando Aneka tradujo aquellas palabras, los murmullos se convirtieron en gritos de espanto y terror.

De pronto, un zumbido rasgó el aire y una flecha atravesó el pecho desnudo de Aneka.

Todos miraron en la dirección que había partido la flecha. Uno de los sumos sacerdotes, posiblemente familiar de Aneka, empuñaba aún el arco que había disparado la saeta mortal.

Karl recogió a la infortunada Aneka. Le dolió aquella muerte inesperada.

El pueblo rugió y el extraterrestre que había asesinado a la hija del rey, fue absorbido por miles de puños, que lo machacaron. Los soldados, en principio desconcertados, pasaron a formar parte de la masa amenazadora, que subió las escaleras de palacio, unas escaleras que durante siglos no se habían atrevido ni a rebasar. Sin embargo, ante la destrucción de lo que para ellos significaba todo su mundo, no hubo barrera que los detuviera.

—Vamos, Karl, nada puedes hacer por ella; está muerta.

El hombre suspiró.

—Sí, tienes razón. Hay que sobrevivir.

La puerta, incontrolada, ya que los servidores de la misma también habían pasado a formar parte del rugiente pueblo que atacaba el palacio o corría hacia el platíbolo de cobre, tratando de entrar en él para salvarse, comenzó a cerrarse. La losa de granito bajaba lentamente y Karl, dándose cuenta, se apresuró hacia ella. Si la losa bajaba del todo, nadie podría sacarles de aquel recinto amurallado y habrían de esperar la muerte junto al pueblo astromita.

— ¡Nacha, va a caer sobre nosotros!

Lanzó a Nacha al suelo y ambos rodaron sobre sí, pasando por debajo del bloque de granito, que estuvo a punto de aplastarles.

Ya en el exterior, cubiertos de polvo pero a salvo, corrieron hacia la selva cercana, donde debían aguardarles múltiples peligros.

Lo que la pareja ignoraba es que Gorko no se había enterado de lo ocurrido, ya que se hallaba con la manada de mamuts, dispuesto a avanzar para destruir la nave interplanetaria. Por su parte, el capitán Katonek, con cien de sus mejores hombres, había partido ya en dirección a la nave, emboscándose cerca de ella para aniquilar cuanto quedara vivo una vez hubieran pasado por encima los pesados y furiosos paquidermos.

La presencia de la manada de mamuts por un lado y por el otro la de los soldados, ahuyentó a los hombres prehistóricos que podía haber por la zona.

No tuvieron más tropiezo que la presencia de un enorme reptil de gruesa cola que pasó rugiendo a unas cien yardas de donde se hallaban, sin descubrirlos, ya que Karl aplastó a Nacha tras el tronco de un árbol.

Pese a la prisa que se dieron, el camino era largo y el sol estaba llegando a su ocaso, lo que quería decir que faltaba poco tiempo para que el cataclismo ocurriera.

Lo que no pudieron ver fue la masacre que tuvo lugar en palacio.

Todos los elegidos fueron muertos, lapidados. Era una venganza cruenta del pueblo hacia aquellos seres que les habían tomado como víctimas, llegando a sacrificarles como ganado para alimentarse.

El platíbolo de cobre se llenó de tanta gente que las columnas soportes se quebraron, produciéndose la catástrofe.

En la brusca caída contra los bloques de granito, el platíbolo se partió en dos y de su interior brotaron cadáveres y cuerpos mutilados. Era el caos total para un pueblo que desaparecía, el absurdo pero siempre constante en la historia: un gran suicidio por temor a morir.

—Cuidado, Nacha, allá abajo hay soldados.

— ¿Cómo?

—Sí, veo brillar sus corazas bajo los reflejos del sol. Han descubierto nuestra nave y la acechan.

— ¿Cómo nos acercaremos ahora?

—Tendremos que dar un rodeo como de una milla y acercarnos por el lado sur. Esperemos que en aquel sector no haya más soldados.

La suerte les favoreció, ya que Katonek había apostado a todos sus soldados en el lado norte. Debían dejar una ruta libre para la manada de mamuts, que todo lo arrasarían, y ellos no iban a dejarse aplastar por los gigantescos paquidermos.

La fatiga atenazaba a Nacha, pero lograron aproximarse a la nave al tiempo que Sheridan ponía en marcha el emisor.

—Atención, Divalié, atención.

No tardó en escucharse la inconfundible voz del coronel francés, que se halaba a la expectativa de su llegada, ya que se acercaba la hora del choque astral.

—Les escucho. ¿Dónde están?

—Debajo mismo de los motores del cohete.

—Diablos, no los he visto llegar.

—Hay soldados al acecho y no creo que lleven buenas intenciones.

— ¿Quiere que los asuste con el «Láser»?

—No podría hacerlo, son muchos y están esparcidos entre las rocas. Baje la cabina de emergencia con el cable, y cuando llegue a tierra, saltaremos sobre ella. Inmediatamente, hágala subir. Es posible que seamos atacados; no sé por qué tengo la impresión de que estos soldados no están aquí por orden del rey Akavel, sino de su hijo Gorko, y ese sujeto no es precisamente nuestro amigo.

—Comprendido y suerte.

Se abrió la portezuela en lo alto de la nave y apareció el brazo de la grúa con la plataforma dispuesta, que comenzó a descender.

Aguardaron con impaciencia. Nacha cogía el brazo del hombre; ya no era la orgullosa intelectual que subiera por primera vez a la nave. Era una mujer transformada por las terribles experiencias vividas, y la presencia del hombre, el asirse a su brazo musculado y fuerte, la confortaba, dándole seguridad pese al peligró de un ataque inminente.

Cuando la plataforma tocó el suelo, Karl tiró de Nacha al tiempo que decía:

— ¡Ahora!

Salieron de debajo de los motores, protegidos tras una de las patas soporte de la nave, y saltaron sobre la plataforma, que comenzó a elevarse demasiado lentamente para lo que deseaba la pareja.

Su aparición dejó perplejos un instante a los soldados, que, a las órdenes del capitán, reaccionaron, e irguiéndose tras las rocas, con sus lanzas y flechas por delante, les atacaron.

— ¡Karl, nos van a matar!

—No temas, Nacha, estamos a salvo. Ponte de este lado.

Sheridan la protegió con su cuerpo y ella se abrazó a él.

Flechas y lanzas se estrellaron contra la pared de la nave, pasando junto a ellos. Nacha se dio cuenta de que el hombre era alcanzado.

— ¿Te han lastimado, Karl?

El se llevó la mano al brazo y la sacó empapada de sangre.

—Bah, no es nada. Una simple herida que podremos curar en la nave. Dejaré que tú seas mi enfermera.

Las lanzas y flechas no llegaban ya hasta ellos: estaban demasiado altos para el poder de los soldados astromitas.

Al arribar a la puerta de la nave, saltaron de la plataforma y la grúa se escondió automáticamente, cerrándose las puertas y aislándoles del exterior.

—Gracias a Dios que vuelvo a verles, pareja. Pero, ¿qué ha pasado, está herido?

—No es nada, Divalié. Nacha va a curarme. Usted prepárelo todo para despegar en cuanto sea el instante preciso.

—De acuerdo. ¿Y el pueblo astromita?

—No sé, pero la Historia no menciona su existencia, y si en el futuro, aquí debe estar el océano Pacífico, no habrá sobrevivencia para ellos ni para sus dirigentes o los pitecántropos que habitan esta vasta zona.

—Bien, lo preparé todo. No hay que temer a esos soldados aunque traten de meterse por los agujeros de los motores.

Nacha se llevó a Karl al piso inferior para curarlo rápidamente. El, sentado en la litera, se dejó curar como niño premiado.

—Ya está. La herida no es de importancia; curará pronto, estoy segura.

—Tú me has abierto dentro otra clase de herida, cariño.

La besó en los labios, apasionadamente.

Más la caricia fue interrumpida por unos fuertes golpes en la base del cohete, que, por ser metálico, se propagaron a todo lo alto del mismo.

—Subamos a ver lo que ocurre.

Divalié, preocupado, informó:

—Ha llegado la noche y con ella una manada de mamuts que están embistiendo contra la base del cohete.

Ante la presión de los paquidermos, la nave osciló peligrosamente.

Karl Sheridan abrió la puerta, mirando hacia abajo.

Descubrió a dos hombres sobre una gran manada de mamuts que embestían rabiosamente contra la base del cohete. A lo lejos se hallaban los soldados a la expectativa.

—Quieren destruirnos. Hay que despegar.

Nacha agregó:

—Deben faltar escasos minutes para la colisión del pequeño satélite. Divalié asintió.

—Con la preocupación de ustedes ya lo había olvidado, pero el choque debe estar a punto de producirse.

Apenas habían tomado asiento y sujetado sus cuerpos con los cinturones de seguridad, cuando la tierra tembló. El cohete lo acusó como sismógrafo.

Tuvieron tiempo de ver por las ventanillas, antes de que éstas se cerraran con los protectores, cómo todo el cielo enrojecía en breves instantes.

La Tierra se abriría, las aguas correrían de un lado a otro y el cielo se llenaría de piedras, rocas y vapor a grandes presiones.

— ¡Fuego! —indicó Karl, oprimiendo el botón correspondiente a los motores de despegue, mientras terminaban de cerrarse los protectores de las ventanillas.

Se produjo un gran ruido bajo el cohete y la manada de mamuts se esparció, aterrada, en todas direcciones.

Muchos de aquellos paquidermos aplastaron a su paso a los soldados cuando la tierra se quebraba y aparecía agua de no se sabía dónde.

El «Galaxia 13» comenzó a moverse primero ligeramente y luego a alzarse en el aire.

Los astronautas sintieron el gran poder de la aceleración en sus cuerpos.

Nacha y el coronel Divalié perdieron el conocimiento y Karl Sheridan resistió a duras penas.

A los tres minutos del despegue ya se habían desprendido las dos fases del cohete y se colocaban en órbita terrestre, como era normal antes de lanzarse en busca de la Luna.

Despertaron.

De súbito:

—Atención, atención «Galaxia 13», responda a Cabo Kennedy, responda a Cabo Kennedy…

Se miraron perplejos, sorprendidos. Alargando su mano, Karl oprimió el botón del televisor, apareciendo en pantalla el director de vuelo.

—Aquí «Galaxia 13», le escuchamos.

—Nos han tenido impacientes. Durante un minuto hemos perdido todo contacto con ustedes. Nos hallábamos preocupados y desconcertados, ya que desconocíamos totalmente lo que les ocurría.

Nacha, Divalié y Karl se observaron mutuamente. ¿En un minuto, sólo un minuto, había ocurrido todo aquello? ¿Habían viajado al pasado, corriendo tan enormes peligros, por efectos de la vibración en sólo sesenta segundos?

Aquello era inaudito, absurdo. No se podía explicar por radio o televisión. No les creerían, pensarían que la fuerza de la aceleración les había producido una especie de borrachera o enajenación, obligándoles a regresar a la Tierra.

Todo aquello jamás tendría aclaración, no había una explicación plausible. Habían sido los tres primeros seres en viajar al pasado sin proponérselo y ahora habían regresado de él sin nada que pudiera probarlo, salvo la herida en el brazo de Karl Sheridan.

—Atención, Cabo Kennedy, atención, aquí «Galaxia 13», sin novedad a bordo. Proseguimos viaje programado rumbo a Júpiter.

Como si hubieran sufrido una pesadilla, como si jamás hubiera existido aquella tierra extraña contra la que se estrellara un satélite natural, los tres suspiraron aliviados, en sus butacas extensibles, en las que sus cuerpos descansaban a la perfección.

FIN